

CUADERNO DE CIENCIAS SOCIALES 129

**La identidad en tiempos
de globalización**
**Comunidades imaginadas,
representaciones colectivas y comunicación**

MADLINE COCCO

CUADERNO DE CIENCIAS SOCIALES 129

La identidad en tiempos de globalización

Comunidades imaginadas, representaciones colectivas y comunicación

MADELINE COCCO



Sede Académica, Costa Rica.
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)



Asdi

ESTA PUBLICACIÓN ES POSIBLE GRACIAS AL APOYO INSTITUCIONAL DE LA
AGENCIA SUECA DE COOPERACIÓN PARA LA INVESTIGACIÓN (SAREC)
DE LA AGENCIA SUECA PARA EL DESARROLLO INTERNACIONAL (ASDI).

Las opiniones expresadas en este trabajo son de exclusiva responsabilidad
del autor y pueden no coincidir con las de la institución.

ISSN: 1409-3677

© Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)
Sede Académica Costa Rica
Apartado 11747-1000, San José, Costa Rica
Primera edición: marzo, 2003.

Secretario General: Wilfredo Lozano
Director Sede Académica
Costa Rica: Carlos Sojo
Producción Editorial: Leonardo Villegas

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
1. INTRODUCCIÓN	9
2. ¿POSMODERNAS O ESENCIALISTAS? IDENTIDADES EN LA GLOBALIZACIÓN.....	10
Migración, multiculturalidad e identidades.....	11
La compresión tiempo–espacio: tecnología, cultura y sociedad	11
Multiculturalidad e identidades	13
Multiculturalidad con desigualdad social ..	15
LA DISCUSIÓN SOBRE EL TEMA DE LAS IDENTIDADES:	
EL ABORDAJE DE LA RAZA, LA CULTURA Y LA ETNICIDAD	
EN EL CONTEXTO ACTUAL	17
Identidad y la construcción de la etnicidad.....	21
Identidad: dato primario de la vida social	21
Identidad étnica y racismo	22
Breve reseña del desarrollo del concepto raza.....	24
Las formas del racismo actual	25
3. COMUNIDADES IMAGINADAS.....	28
LA CULTURA DE LA NACIÓN	28
Nacionalismo: la nación como símbolo	32
LA “SOCIABILIDAD” EN LAS COMUNIDADES IMAGINADAS	34
Vivencia de la nación: la cotidianidad del Estado-Nación	36
Estado y racismo	37
Globalización y nación: ¿Aceite y vinagre o arroz con mango?	38

4.	LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL SENTIDO: REPRESENTACIONES SOCIALES	41
	REPRESENTACIONES SOCIALES	41
	“Funcionamiento” de las representaciones sociales	43
	La naturaleza social de las representaciones.....	45
	Representaciones sociales y comunicación	48
	La cultura mediática: medios y construcción de la realidad	50
	Forma y contenido: el mensaje “vulnerable”	53
	Procesos de selección de la noticia y construcción de la realidad	57
	Prensa y la construcción de la opinión pública	60
5.	COROLARIO	63
	BIBLIOGRAFÍA	65

Presentación

La construcción de fenómenos sociales proviene de la interacción de prácticas, discursos y estructuras. Todo ello articulado con historia, ideología y valores. La formación de las identidades y sus interacciones es terreno particularmente rico para la exploración de esos vínculos. En contextos de globalización tales procesos se actualizan a causa del efecto distorsionador que la erosión de las certezas del orden moderno impone a lo social contemporáneo. Pierde fuerza la idea de nación, se decolora a la luz de la ampliación de las externalidades como ejes de articulación económica, social y cultural. Pero al mismo tiempo, lo nacional se redibuja, se colorea de nuevo, como resultado de la concurrencia de procesos nuevos o reeditados con vehemencia. En lo territorial unidades subnacionales adquieren renovada significación si se quiere solo por la incapacidad de los referentes nacionales para integrar a la comunidad. Lo común es lo local en esta tesitura. Por otro lado, en lo económico, la primacía de los mercados virtuales, señala una nueva dualidad tan polarizada como la precedente: la distancia de las formas tradicionales de creación de valor queda manifiesta con la desproporción de la circulación de recursos en los mercados bursátiles y financieros en relación con los bienes tangibles y por la ampliación de las desconexiones cotidianas en las que en América Latina malvive al menos la mitad de la población: sin acceso a los mercados de trabajo ni de consumo básico. El tercer elemento, cultural y demográfico, alude a la problemática migratoria y la violencia que ejerce sobre fronteras políticas y culturales. El trabajo que presentamos vincula la cuestión migratoria a esta problemática y la integra a la cuestión de la comunicación, como condición de existencia de lo social.

Madeline Cocco es antropóloga y actualmente realiza estudios doctorales en la Universidad de Barcelona. Ha sido investigadora asistente de la FLACSO Costa Rica desde 1997. Este trabajo recoge reflexiones de un estudio más amplio defendido como tesis de Licenciatura en la Universidad de Costa Rica., bajo el título “El *Cliché* de la Otredad: La representación de la migración nicaragüense en la prensa escrita costarricense”.

I. Introducción

La migración se ha convertido en una dinámica poblacional de la más alta importancia en la estructuración de las sociedades actuales. Este fenómeno permite acercarnos al estudio del cambio sociocultural en un contexto de complejidad creciente. La existencia de inmigración extranjera incide en las transformaciones que acontecen en nuestra sociedad y, muy especialmente, en lo que concierne la construcción de subjetividades e identidades colectivas.

En escenarios multifacéticos, multideterminados y marcados por procesos de globalización y transnacionalización, la revisión de una serie de conceptos como las representaciones sociales o colectivas, las comunidades imaginadas y la comunicación, resultan de gran utilidad en el acercamiento al fenómeno de la construcción de identidades colectivas. Estos elementos, en torno a los que se profundiza a lo largo de este documento, aparecen interrelacionados en la vivencia de la dinámica migratoria y resultan puertas importantes para el abordaje de la dimensión subjetiva de la sociabilidad en los contextos migratorios contemporáneos.

Este escrito cuenta con cuatro partes además de esta introducción. En primera instancia se trata la temática de la identidad en los escenarios globalizados. En este campo se retoma la forma en que algunas particularidades del contexto inciden sobre esta y la manera en que ha sido tratada desde las Ciencias Sociales. El siguiente apartado está dedicado a la elaboración en torno a las “comunidades imaginadas”, enfatizando sobre aquellas de tipo “nacional”; y a las características del desarrollo de

la sociabilidad en contextos en que estas constituyen marcos de referencias. Posteriormente, se aborda el concepto de representación social, en tanto medio para la construcción de sentido en las comunidades imaginadas tratadas. Luego se retoma la comunicación. Esta se considera condición de posibilidad para la existencia de la sociedad, de manera que se establece que las formas que asume marcan el desarrollo particular de las relaciones sociales. Por último, en el corolario, se realiza una elaboración que pretende sintetizar los elementos más relevantes abordados en el documento.

Seguidamente retomamos estos elementos.

2. ¿POSMODERNAS O ESENCIALISTAS? IDENTIDADES EN LA GLOBALIZACIÓN

Un rasgo importante que marca los elementos que abordaremos es la tensión que surge a partir de la convivencia simultánea de fenómenos aparentemente contradictorios en su esencia, como en los procesos de construcción de las identidades colectivas. En el contexto de la globalización, encontramos una tensión generada por la aparición de dos tendencias “opuestas”: una, que apunta hacia la construcción de identidades “posmodernas”, distintas por su carácter híbrido y transnacional y, la otra, que apunta hacia la permanencia de identidades absolutizadas, cerradas y esencialistas.

La segunda gran tensión se genera en el mundo académico, desde donde se intenta comprender estos procesos. En este contexto se atestigua un llamado a la desconstrucción e invalidación de los conceptos clásicos utilizados en esta labor y la indiscutible persistencia de estos “en el campo”. Los investigadores encuentran que los grupos que comprenden sus sujetos de estudio se piensan como “culturas”, grupos étnicos, razas y otros, precisamente lo que la academia procura cuestionar.

En el marco de estas tensiones se revisan algunos fenómenos culturales de la globalización, tales como la comprensión tiempo–espacio, así como la migración y los procesos identitarios que llevan su marca, acompañados por una intensificación de la etnicidad y el racismo. La revisión del entrelazamiento de elementos, propios de la

llamada posmodernidad y de aquellos que en este contexto deberían considerarse “vestigios” de otro tiempo, incide sobre las posibilidades de aprehensión de este fenómeno; de ahí la importancia de reflexionar en torno a tal vínculo.

MIGRACIÓN, MULTICULTURALIDAD E IDENTIDADES

La migración se postula como un elemento que marca las formas de sociabilidad. Dos fenómenos que se relacionan con la migración son la multiculturalidad y el pluralismo desigual, los cuales tienen una fuerte influencia sobre la construcción de la identidad. Abordar lo anterior nos obliga a reflexionar simultáneamente acerca de dos procesos en tensión: uno, que apunta al surgimiento de lo que denominamos identidades posmodernas, y, otro, que alude las identidades esencialistas.

La migración y el resurgimiento de los nacionalismos y otros movimientos absolutistas, generan corrientes contradictorias en el seno de las sociedades que resultan en una complejización de lo que concierne lo identitario y la relación entre los grupos. Razón por la cual se vuelve indispensable la revisión de ciertos elementos que tornan comprensible la problemática propuesta.

La compresión tiempo-espacio: tecnología, cultura y sociedad

El contexto de esta investigación es frecuentemente caracterizado con los términos: globalización y transnacionalidad. Kearney indica que la globalización se refiere a “*la intensificación en el ámbito mundial de relaciones sociales que conectan a localidades distantes de manera tal que los sucesos locales son moldeados por eventos que suceden a gran distancia y viceversa*” (Kearney, 1995: 548).

Lins Ribeiro la relaciona con la expansión planetaria de la red de la economía política capitalista. La identifica como un proceso vinculado a la expansión histórica del sistema mundial y la producción, en un contexto donde distintas localidades mantienen relaciones importantes, de manera cada vez más independiente de la distancia física y de la mediación de los Estados nacionales en los cuales se encuentran (1995: 42).

La globalización es el proceso de creación de la base tecnológica y económica a partir de la cual se puede hablar de transnacionalismo. El término transnacionalidad habla de una dimensión diferente del mismo proceso de globalización; la dimensión

política-cultural que interactúa con el nacionalismo como proyecto. La globalización implica procesos más deslocalizados, que ocurren sin referencia a la nación, como los desarrollos tecnológicos en la comunicación masiva internacional.

La comprensión tiempo-espacio, marca indudable de este contexto, es central en el cambio cultural actual. La velocidad y simultaneidad, logros tecnológicos concretizados en los medios de transporte y de comunicación, se postulan como generadores de cambio, responsables del “achicamiento del mundo”. Sus implicaciones repercuten directamente en las formas culturales y en los sistemas de representación. Atestiguamos una desterritorialización de las culturas y una respectiva transformación de las representaciones sobre la pertenencia a los lugares, promovida entre otros factores por las corrientes migratorias.

La globalización de la información y el desarrollo de tecnologías mediáticas han originado cambios importantes en la forma como los individuos se representan el mundo. El acceso a la información ha modificado significativamente la percepción de los límites del mundo, por lo que la posibilidad de la experiencia del “otro” y la forma de delimitar el “adentro” y el “afuera” tienden a volverse cada vez más complejos. En esta experiencia también han contribuido la creciente amalgama de procesos políticos y económicos (internos y externos) que conforman nuestra cotidianidad. El tiempo de exposición a la información y la experiencia de condensación de la multiplicidad de códigos en un mismo espacio-tiempo, han creado pautas de referencia cultural altamente diferenciadas en el seno de los Estados nacionales.

Recapitulando, tenemos que, primero, en un mismo espacio se identifican múltiples experiencias-culturales, territoriales, económicas y políticas y, segundo, se observa un proceso de diseminación en la construcción de sentido y una diferenciación simultánea de los ámbitos comunicativos en todos los niveles.

La comprensión tiempo-espacio ha conllevado un incremento de la importancia de lo imaginario en todas las situaciones sociales. Las personas viven, literalmente, un marco mucho más amplio y diverso que la “realidad inmediata” de su cotidianidad. Antes lo imaginario se concebía como contrastante o fuera de la cotidianidad; sin embargo, en la actualidad, de manera cada vez más clara, se evidencia como parte constituyente de esta.

Este es un escenario donde la complejidad hace poco por disimularse y cuyos contextos “fragmentados”, contingentes y simultáneos, nos plantean la necesidad de re-pensar algunas nociones a la luz de procesos “globalizantes” como la migración y la generalización de la comunicación masiva.

En el marco de la *multiculturalidad* resultante, se construye un contexto de cruce cultural, de tensión, de diálogo y confrontación de identidades. La multiculturalidad es la expresión más viva de la desterritorialización de las culturas, proceso mediante el cual las sociedades modernas no pueden pensarse a sí mismas, sin considerar que su constitución es la confluencia de la diferencia.

Multiculturalidad e identidades

La migración hace de la multiculturalidad un rasgo fundamental de nuestras sociedades. Las fronteras se entienden cada vez menos como líneas que separan y más como lugares donde se interpenetran espacios y se forman identidades complejas. Gran parte de los habitantes de la Tierra viven en su cotidianidad una situación que los etnólogos tradicionalmente llamaban “contacto cultural” (Augé, 1994:112).

Nuestras sociedades son étnica y culturalmente plurales, contrario a las previsiones homogeneizadoras de los teóricos de la modernización. Sin embargo, los escenarios de migración y multiculturalidad también atestiguan una aparente paradoja: que el crecimiento y la intensificación de la interconexión global de procesos económicos, gente e ideas estén acompañados por un resurgimiento de la política de la diferenciación.

Se está ante el crecimiento simultáneo de procesos globalizantes y la preeminencia de nacionalismos exclusivistas, cerrados y esencializados. Este es un momento en el cual muchas personas, ya no establecidas en un solo lugar, hacen un gran esfuerzo por revitalizar o construir sus tradiciones y sus reclamos políticos a los territorios e historias de los cuales han sido desplazados.

Constantino y Makowski señalan que:

“la multiculturalidad, hoy en día signo de las sociedades complejas, es precisamente una de las tantas implicaciones culturales que entrañan los procesos globales. Las sociedades se han vuelto porosas a las migraciones internacionales, a la explosión de los nacionalismos y de los movimientos autonómicos, y al regreso de las identidades como agentes conformadores de valores, estilos de vida y espacios de pertenencia. La reetnización de lo social y lo político, las reivindicaciones de género y los grupos asimétricamente adscritos al orden social, y las reacciones poscoloniales han dibujado las condiciones de emergencia de la multiculturalidad como un eje problemático en el análisis de las sociedades presentes” (1997:64).

En el campo de las identidades, la comprensión de los procesos de construcción de estas en el contexto globalizado se complejiza. Lins Ribeiro habla de la condición de la transnacionalidad, cuyo eje central yace en un “*replanteamiento de la relación entre el territorio y las diferentes formas de gestión socio-cultural y política, que orientan la forma en que las personas representan su membresía hacia un cierto nivel de integración*” (1994:2). Según este autor, la emergencia de la transnacionalidad es algo reciente y pone en peligro la lógica y la efectividad de las representaciones colectivas preexistentes en torno a la pertenencia socio cultural y política.

Situados en dicho contexto, algunos autores como García hablan de la existencia o predominancia de lo que llaman identidades posmodernas (1995:30). Estas identidades se caracterizan por ser transterritoriales y multilingüísticas. Retomando a Appadurai, este autor cita cinco procesos contemporáneos que desafían la caracterización de las identidades como entes aislados y que, por lo tanto, apoyan la existencia de dichas identidades posmodernas (*Ibíd.*:169).

Estos procesos, característicos de las sociedades insertas en la globalización, son:

- a) *ethnoscapes*: movimientos poblacionales de inmigrantes, turistas, refugiados y trabajadores temporales.
- b) *technoscapes*: flujos producidos por las tecnologías y corporaciones multinacionales.
- c) *finanscapes*: los intercambios de moneda en mercados internacionales.
- d) *mediascapes*: repertorios de imágenes e información creados para ser distribuidos a todo el planeta por las industrias culturales.
- e) *ideoscapes*: modelos ideológicos de lo que podría llamarse la modernidad occidental, que incluye conceptos como democracia, bienestar y derechos humanos, los cuales trascienden las definiciones de las identidades particulares.

Sin embargo, sostenemos que la “idea” de una identidad posmoderna, transterritorial y multilingüística, es predominantemente una construcción que se maneja en los círculos intelectuales. Dice García que: “*en la academia las identidades se ven como históricamente constituidas, imaginadas y reinventadas, en procesos constantes de hibridación y transnacionalización, que disminuyen sus antiguos arraigos territoriales*” (*Ibíd.*: 92).

Pero, en otras esferas ubicadas fuera de la academia se aprecia otra concepción de las identidades. Dice el mismo autor que: *“muchos movimientos sociales y políticos absolutizan el encuadre territorial originario de las etnias y naciones, afirman dogmáticamente los rasgos biológicos y telúricos asociados a ese origen, como si fueran ajenos a las peripecias históricas y a los cambios contemporáneos”* (Ídem).

Creemos que en la “praxis” de la construcción de lo social se da una conjugación de las dos tendencias. En un contexto de globalización y de transnacionalización cultural, diariamente recibimos influjos del “otro” que vienen a incorporarse en la construcción identitaria. Estos influjos son “adoptados” o “rechazados” dependiendo de la construcción particular que se haya hecho en torno a su “fuente” de procedencia.

Es así como en la globalización, donde el “contacto cultural” es parte de la cotidianidad de la gran mayoría de los habitantes del mundo, se presencian procesos simultáneos de asimilación de patrones culturales de algunos “otros” y de rechazo hacia ciertos “otros, al punto de llevar a prácticas xenófobas y racistas caracterizadas por un fuerte contenido de violencia.

El “mundo globalizado” y las sociedades que se insertan en él se han construido teniendo como norte y, como objetivo por alcanzar, el modelo cultural occidental. Situadas en este marco de referencia y dependiendo de su “cercanía” con dicho modelo, algunas sociedades-grupos culturales adquieren valoraciones positivas y otras negativas.

Multiculturalidad con desigualdad social

Parece paradójico que la era del transnacionalismo sea también una época de continuación e inclusive de incremento de los procesos de construcción de la nación. Mientras que las economías nacionales se reestructuran para facilitar niveles más altos de ganancia para el capital transnacional, algunos políticos y los media proyectan una mentalidad tipo búnker. Esta percepción pretende “convencer” a la mayoría de la población, incluyendo a personas que también son migrantes, que las fronteras nacionales deben ser protegidas contra la migración (especialmente de “indocumentados”). En gran medida, la discusión pública actual en torno a este tema ha contribuido a crear una especie de “histeria anti - inmigrante” que tiene implicaciones “raciales”.

En general, la respuesta a estos flujos migratorios ha estado constituida por políticas migratorias restrictivas. La migración, que se pretendió temporal se ha

vuelto permanente, especialmente en el caso de la que fluye hacia los “países desarrollados”. Aquí la migración respondió a una demanda real de mano de obra que varió por la disminución del crecimiento económico (crisis del petróleo) y los cambios en el modelo de producción (del modelo de *Producción Fordista* al modelo de *Producción Flexible*) (Castles, 1993:57). El relato del *progreso de la nación* dejó de vincularse a la mano de obra asalariada. Estos dos hechos hicieron que la migración perdiera su significación originaria, pero no la detuvieron.

Estas sociedades multiculturales se ordenan alrededor de un pluralismo desigual en el que las “minorías” se diferencian por su procedencia y por la creciente marginalización de su actividad económica. Las minorías ocupan una posición económica y socialmente subordinada y las sociedades parecen encaminarse cada vez más hacia un agravamiento de las desigualdades internas.

Abad indica que el pluralismo y la dualización son característicos de la organización y la dinámica de las sociedades desarrolladas actuales. Aclara que ninguno de los dos deriva exclusivamente del hecho migratorio, ya que no todas las minorías étnicas son minorías inmigrantes, pero que los actuales flujos migratorios hacia los países desarrollados constituyen un factor de primer orden en la aparición y consolidación de estas tendencias (1993:46).

Las migraciones y las relaciones interétnicas son procesos que apelan a determinantes económicos y culturales. Las relaciones entre los grupos se forman en el contexto de un sistema económico determinado y responden a su lógica y necesidades. Ambos grupos son, a la vez, *culturas* —entendida esta como un sistema de símbolos que poseen su propia eficacia—. Las representaciones simbólicas con que los actores construyen socialmente sus prácticas reales, poseen su propia capacidad de determinación social. La diferencia cultural, en este caso, actúa en sí, como un factor de marginación que contribuye a agravar la subordinación económica.

Es necesario abordar las relaciones interétnicas desde un enfoque integrador que de cuenta simultáneamente de las condiciones estructurales y de las formas culturales por medio de las cuales los grupos representan simbólicamente esta relación. Los comportamientos individuales y colectivos están bajo la influencia profunda de dos niveles que interactúan: el nivel socioeconómico y el orden simbólico.

Los trabajadores inmigrantes se ven empujados hacia actividades rechazadas socialmente, precarias, vulnerables a las fluctuaciones del mercado y que tienden a escapar a los mecanismos de regulación y de control del mercado laboral. La

ubicación “periférica” de la actividad económica inmigrante en el aparato productivo transforma las relaciones interétnicas en relaciones de subordinación. La exclusión y la marginación son, a su vez, construidas simbólicamente por ambos grupos, generando respuestas interactivas.

En aras de abordar la temática de las identidades en este complejo escenario, encontramos de utilidad revisar algunas herramientas clásicas del análisis social, como lo son los conceptos de identidad, cultura y raza.

LADISCUSIÓN SOBRE ELTEMADE LAS IDENTIDADES: ABORDAJE DE LA RAZA, LA CULTURA Y LA ETNICIDAD EN EL CONTEXTO ACTUAL

Raza, cultura y etnicidad, ideas que por largo tiempo han servido para orientar a las Ciencias Sociales, se encuentran cuestionadas por la complejización que atestigua el mundo globalizado. Y preguntamos, ¿cómo es posible que en la confluencia de tanta diversidad y heterogeneidad, podamos seguir hablando de unidad e inclusive de la vigencia de ciertos “esencialismos”?

El contexto actual ha llevado a las Ciencias Sociales a preocuparse por el abordaje de las oposiciones y contradicciones en la cultura; sin embargo, se ha descuidado la manera en que estos discursos y perspectivas heterogéneas y contradictorias se intersecan. Es precisamente esa forma en que intereses y orientaciones divergentes convergen, al igual que la manera en que se logra la organización de la diversidad, lo que nos interesa aprehender.

La imagen de las culturas como estáticas, cerradas y homogéneas es un paradigma que se encuentra cuestionado. Las culturas han pasado a verse como ligadas a la política global y a un estilo retórico, más que a realidades objetivas.

En la actualidad, los científicos sociales hablan de una manera que brinda mayor reconocimiento a las cualidades emergentes e interactivas de las realidades culturales. Sin embargo, a pesar de la desaprobación que provocan las nociones artificialmente construidas de gente, cultura y raza, estas se continúan utilizando como si “existieran”, tanto dentro como fuera de la academia. Prueba de esto, es el hecho de que en este momento la identificación étnica tiene más poder de movilización que en cualquier otro periodo de la historia reciente.

Interesa profundizar un poco más en la problemática que presenta el uso de estos conceptos, priorizando su dimensión como criterios de clasificación y pertenencia.

Con este fin, se retoma una investigación realizada por Armstrong y Mahmood, entre los frisios (grupo étnico holandés). Las investigadoras realizaron una etnografía del grupo en cuestión, que al cabo de esta les fue presentada. Las reacciones que surgieron indicaban un desacuerdo con su calificación como minoría étnica; para ellos, las minorías étnicas eran grupos como “los turcos”.

Una persona que expresó esta preocupación podía nombrar algunas características que consideraba típicas de estos grupos; pero, para el caso de los frisios, se le hacía difícil nombrar una sola que fuera compartida por todos. Muchas de las características que consideraba frisias también eran compartidas por otros holandeses, por lo que la presencia radicalmente diferente de los asiáticos y los africanos en la Holanda de ese momento, la hacían sentirse parte de la “sociedad mayoritaria”. Pero, a pesar de diferir con respecto a su clasificación como grupo étnico, los frisios insistían en que se sentían “diferentes” a la mayoría de los holandeses. Compartían lo que la etnografía decía acerca de ellos, pero la imagen de sí mismos como grupo étnico continuaba discutida. Finalmente, se dio una situación de “frustración” entre los frisios al tener que abandonar su reclamo a una cultura “propia” porque no podían producir una definición “satisfactoria” de esta (Armstrong y Mahmood, 1992: 2).

La identidad cultural, a pesar de ser un concepto central en las Ciencias Sociales, ha sido un tema problemático para esta disciplina. Ha habido dudas acerca de la realidad de las unidades etnográficas de estudio asumidas: las culturas. Hay una aparente incongruencia entre la persistencia de la idea de grupos étnicos identificables, y por lo menos parcialmente cerrados, en muchas culturas y un mundo intelectual que las intenta desechar. Las categorías sociales continúan “firmes” en el accionar de la cotidianidad a pesar del llamado a su desconstrucción.

No podemos tomar la retórica como “reflejo estricto” de la realidad, pero tampoco podemos tomarla como carente de realidad cultural. La cultura y la ideología se constituyen una a la otra y cada una tiene su particularidad ontológica. Las ideologías funcionan porque tienen resonancia en algún lugar. Pueden ser disyuntivas con las realidades culturales actuales en algunos puntos; pero, en último caso florecen por cierta “coincidencia” con el sustrato en que se asientan y sobre el cual influyen.

En la vida social lo que la gente acepta como real es real en sus consecuencias; esto significa que en un nivel importante la categoría “frisio” existe. El problema es encontrar una metodología capaz de revelar esta realidad que el paradigma clásico objetivista no ha proveído. De igual forma, las teorías de vínculo emocional y de

movilización política solo dan cuenta de una parte del fenómeno persistente de identificación grupal tipo adentro–afuera, que creemos también debe ser visto como parte de la propensión humana a la categorización.

Mahmood y Arsmtrong señalan que es posible que el “error” se encuentre en los parámetros que utilizamos para el abordaje de la categorización. La visión tradicional de concepto en Ciencias Sociales se remonta a Aristóteles. Se basa en la noción de que un concepto “es” para un conjunto de rasgos que todas las instancias del concepto comparten. Cada rasgo es necesario, y tomados en conjunto, son suficientes para conferir membresía en la categoría. En esta visión, la membresía en una categoría se basa en la premisa de “todo o nada”; o se cumple con los requisitos de pertenencia o no se cumple. Un ejemplo de esta categoría es soltero, quien tiene que ser no casado, adulto y hombre. Este es el modelo que tradicionalmente se usa para hablar de grupos étnicos identificables. Se parte de una lista de rasgos que los miembros comparten.

En los círculos, semánticos este acercamiento a la categorización ha sido fuertemente criticado. Las autoras retoman a Wittgenstein, quien establece que las categorías se definen más con base en lo que él llamó “*parecido de familia*”. Como algunos de los miembros de una familia humana tienen la misma nariz, otros los mismos ojos, Wittgenstein argumentó que no tiene que haber un único atributo que todos los miembros de la categoría compartan, mientras alguno comparta algún rasgo con otro (*Ibíd.*: 4).

El concepto “juego” es una instancia clásica de esta categoría. No se puede definir “juego” en términos de una lista de rasgos necesarios o suficientes; pero, usualmente se está de acuerdo en cuando algo debería estar incluido en la categoría “juego”. Lo que sostiene el concepto es que las similitudes entre juegos individuales se sobreponen.

También adjuntan la propuesta del significado a partir del prototipo, en la que Rosch y Mervis argumentan que el concepto funciona en términos de lo que llaman “*rasgos prototípicos*” (*Ibíd.*: 5). Estos rasgos no son necesariamente compartidos por todos los miembros, pero hay un número substancial de miembros que los comparten y son sopesados en virtud de cuanto son compartidos. Un miembro de la categoría que tiene estos atributos se considera un miembro prototípico, la membresía general se determina por qué tanto un miembro encarna los rasgos prototípicos.

Un ejemplo de este tipo de categoría es el de “pájaro”. Casi todos los pájaros vuelan, tienen alas, patas y ciertas proporciones corporales, por eso un yigüirro es un buen ejemplo de un pájaro, mientras que un avestruz es un mal ejemplo. Inherente a

la noción de que hay ejemplos más centrales y otros más periféricos de una categoría dada, está la idea de que las categorías no están claramente delimitadas. O sea, que el punto donde dejamos una categoría e ingresamos en otra, no está claramente demarcado.

En la Ciencias Sociales, el hecho de que las fronteras de los grupos étnicos no estén claramente demarcadas, ha llevado a cuestionar la utilidad de las categorías étnicas. Armstrong y Mahmood señalan que en la ciencia cognitiva lo borroso se reconoce como una característica de muchos tipos de concepto y esto de ninguna manera impide su utilidad en el discurso humano. Ha surgido una nueva tendencia, que se aleja de los modelos aristotélicos, dirigiéndose hacia un reconocimiento de las muchas formas viables en que la gente conceptualiza el mundo (*Ídem*).

Algunas de las ventajas que ofrece esta propuesta es que permite analizar empíricamente cambios en el tiempo, esto evitaría el problema de la reificación que algunos sienten ha plagado muchos análisis formales de clasificación popular. También puede ajustarse en casos donde individuos sin ninguna característica en común se declaran parte de una misma categoría, y ayudar a explicar situaciones de contacto o conflicto cultural.

El caos aparente de un mundo social en que las listas de rasgos tipo molde no funcionan, ha llevado a algunos investigadores a desechar la utilización de “entes” categóricos por completo. Pero la utilización de una noción diferente de categoría puede ayudar a comprender la diversidad y el cambio que observamos, sin reducir a la impotencia teórica.

Es necesario “escuchar” el nivel pragmático. Si las categorías de identidad son reales en sus consecuencias, no debemos desechar su importancia por ser *constructos*. Si se acepta la noción de que el mundo fenomenal, aunque provisional, tiene implicaciones en la realidad pragmática, entonces, el investigar cómo es percibido y construido, es crucial. Las identidades se pueden abordar como un aspecto del proceso cognitivo humano de categorización que, aunque más complejo que como lo imaginaban los modelos tradicionales, persistirá más allá de los vaivenes del debate intelectual.

Las identidades, ejemplos de instancias de categorización, tienen un valor práctico. Son referentes de sentido que identifican, y a su vez diferencian, a los partícipes de la vida social. Permiten cohesionar grupos, ubicar en el universo social, definir fronteras y orientar acciones. Estas constituyen un contenido fundamental en la interacción que se genera entre los grupos sociales.

Identidad y la construcción de la etnicidad

La identidad, al igual que su variante específica, la identidad étnica, son prácticas relacionales que surgen a partir de la interacción con otros. Esta relación y las construcciones que se generan en torno a esta, se encuentran “guiadas” por los valores dominantes de la “cultura occidental” que cada vez tienden a universalizarse más. En esta medida, surge *un* modelo de aspiración —la “blancura”, en su acepción más amplia—, resultando en un sistema de relaciones sociales donde el racismo las marca. El color (simbólico) se vuelve un elemento central en la relación con el “otro”.

Identidad: dato primario de la vida social

La identidad es el mecanismo utilizado para la “auto-localización” en relación con el mundo social. La identidad une al “yo” con el contexto social y está cercanamente relacionada con la cuestión de los límites. Wilmer indica que la identidad, en este sentido, es el espacio cerrado que ocupa el “yo”, por lo que los límites también son parte de la respuesta a la pregunta: ¿Quiénes somos? Esta se relaciona con la existencia de una necesidad humana de posibilidad de “localizarse” en el esquema más grande de las cosas, de trascender el “yo” a partir de un proyecto más grande (1997:4).

Camacho, retomando a Bromberger, *et. al.*, señala que la identidad es un dato primario de la existencia individual, una especie de arquetipo de la existencia del grupo, que no puede reconocerse y reivindicarse como tal más que por medio de un principio de unificación identitaria que se elabora a lo largo del tiempo. Por ello, la identidad aparece como un elemento indisociable de la formación social. Sin embargo, la identidad no es un objeto social acabado que se puede describir a manera de inventario, aunque así aparece en su “uso social” (Camacho, 1996:2) .

Si bien es cierto que al estudiar la identidad se parte de ciertos indicadores “tangibles”, su estudio no se puede limitar a la sistematización de estos indicadores. La identidad está en constante reconstrucción porque surge de la actividad social de los sujetos humanos que interactúan *en y a* partir de contextos determinados. Por ejemplo, “lo nacional” es una construcción cambiante, producto de diversas luchas desiguales entre proyectos diferentes. Las naciones y las culturas nacionales son construcciones continuamente imaginadas, inventadas, cuestionadas y transformadas por individuos,

por el Estado y por el flujo global de informaciones. Pero en la práctica social esto no se maneja así, “lo nacional” aparece como algo, “natural” y acabado.

De igual manera, la identidad no es un listado de rasgos. Es una estrategia relacional, comparable al término latín “*persona*”, que se refiere a las diferentes máscaras que usaba el actor. Pero, en su “uso social”, la identidad no se concibe como una construcción, se inscribe como un conocimiento “natural”, “dado”, “que siempre ha sido”, y solo “es” de una manera. Si se toma el proceso identitario tanto en su producción histórica como en la afirmación contextual de las identidades al interior de los marcos culturales estructurantes, es posible “reconciliar” estas dos tendencias de interpretación.

A partir de esta perspectiva, Camacho señala el siguiente modelo:

“En el interior de las “nebulosas” culturales y sociales los actores respectivos manifiestan escogencias de identificación, variadas en su naturaleza, en su intensidad y en su nivel, en función de las situaciones que ponen en juego, específicamente, las formas de las relaciones mantenidas con la sociedad englobante y sus instituciones, por un lado; con los grupos o los individuos con los cuales la comunicación y los intercambios de bienes y servicios son intensos, por otro lado. Por lo tanto, en ese sentido, la identidad se construye más en la relación con el otro y con la diferencia, que en la relación consigo mismo y con lo idéntico, definido todo a la vez por el otro y contra el otro. En resumen, es un sentimiento, una vivencia cotidiana, un concepto que se define y redefine fundamentalmente por oposición al otro, a los otros, como diferencia” (Ibíd.: 2).

Identidad étnica y racismo

La identidad étnica surge a partir de un proceso de interacción sostenida entre uno o más grupos étnicos. Sin este tipo de interacción, hay poca conciencia del hecho de ser miembro de un grupo cultural entre muchos. La etnicidad se afirma explícitamente solo en ciertos momentos en la historia de una sociedad. Este es el caso de los procesos migratorios que crean conciencia y que se “enfrentan” con el “otro”. Situación ante la cual muchas veces surge o se revitaliza un contexto de discriminación racial.

En toda sociedad existe un conjunto de imágenes mentales con las que se clasifica a las personas, sobre la base de rasgos individuales o sociales no verificados

y extrapolados. Estos rasgos asignados, además de ser particulares en cada grupo social y en cada sociedad, en el contexto de la cultura global se están universalizando. Se está produciendo una homogeneización y uniformización paulatina que hace que estas imágenes mentales creen modelos de referencia, de aspiración o rechazo, en función de la consideración que tales rasgos, posiciones o conductas sociales tienen desde lo que se denomina etnocentrismo occidental.

Los estereotipos dominantes que ha difundido el proceso civilizatorio occidental, cada vez tienen más capacidad de asignar identidades. Responden a parámetros de identificación (de aspiración y referencia), excluyentes (“los otros”, los no deseados, los que no tienen derecho a gozar de nuestros “privilegios”) y exclusivos (“nosotros”, los deseados, sujetos de derecho y privilegio). Estos estereotipos son bien precisos y concuerdan con una serie de binomios que establecen identificaciones por oposición (aspiración-valoración) y desidentificaciones (rechazo-desvalorización).

Manzanos indica que los estereotipos raciales en Occidente son una estructura de pensamiento que comprende las imágenes, creencias, juicios, símbolos, opiniones y demás elementos culturales que refieren al “blanco” como modelo de aspiración y de perfección, como el modelo a imitar (cerebral, capaz, eficaz, fiel, culto, limpio y otros), frente a los de “color” identificados con un cúmulo inmenso de desvalores (sucio, incapaz, embrutecido, infiel, inculto, inútil y otros). A estos hay que adoctrinar, educar, civilizar, evangelizar y hacer trabajar con el fin de inculcarle el respeto al blanco y enseñarlo a imitarlo, como condición para integrarlo en el proceso de desarrollo histórico occidental (1999:19).

Este autor define el prejuicio racial como el componente afectivo de los estereotipos (componente cognitivo) que aparece como un afecto o sentimiento negativo hacia otro grupo de personas. La discriminación racial hace alusión a conductas o actos prejuiciosos —el rechazo o daño que se hace a quienes se estereotipa y hacia quienes se tiene prejuicios— (*Ibid.*: 21).

La xenofobia es la discriminación racial practicada como una acción consciente e intencionada. Puede ser ocasional o sistemática, esporádica u organizada; está caracterizada por ser una acción premeditada y dirigida a excluir, eliminar o marginar a una persona o grupo mediante el establecimiento de mecanismos de cierre social, que les impide acceder a las formas de vida presentes en la sociedad de llegada, hasta el punto de verse obligados a abandonarlo, a vivir en el país en regímenes de excepcionalidad, explotación y precariedad (*Ídem*).

Manzanos indica que el racismo es un fenómeno multifacético que comprende desde sus expresiones más invisibles y latentes, arraigadas en el universo simbólico propio de la cultura occidental. Estas explicaciones pueden, o no, manifestarse en prejuicios o reacciones emocionales de rechazo, o en muy diversas ocasiones, en comportamientos individuales y colectivos de discriminación racial más o menos conscientes o intencionados (*Ídem*).

El racismo responde a una dinámica de “naturalización” de jerarquías sociales: “natural” significa un orden ahistórico o transhistórico, carente de intereses particulares o contingentes, representando solo los atributos de la especie humana o de las divinidades que la crearon. Ese presunto orden natural puede sentarse en bases tan diversas como la teología (origen divino), la ciencia (etnodeterminismo) o la civilización (la necesidad histórica, justificando la subordinación de una sociedad por otra).

El racismo existe siempre que se pretende explicar un estatus social dado por una característica natural (Guimaraes, 1996: 35). En el racismo los grupos sociales clasifican a otros grupos como diferentes o inferiores, basándose en características físicas o culturales. El proceso incluye la utilización del poder económico, social o político y, con frecuencia, su objetivo es justificar la exclusión o explotación de los grupos discriminados. Las diferencias hipotéticas entre los grupos se exteriorizan en conceptos biológicos o culturales que se perciben como “naturales” y, por lo tanto, como inalterables.

Racismo se puede usar para designar cualquier tipo de esencialismo o naturalización que resulte en prácticas de discriminación social. Aquí, la connotación de raza se toma como una elaboración mental para fijar en la conciencia la línea de separación entre el ciudadano *de facto* y los extraños.

Breve reseña del desarrollo del concepto raza

La Antropología y Biología europeas (y americanas) del siglo XIX estuvieron dominadas por la convicción de que la especie humana consistía de una serie de “razas” distintas, que se diferenciaban biológicamente y que por consiguiente estaban capacitadas en diferente medida para la civilización.

El concepto de raza surgió difusamente como una serie de claves para diferenciar y percibir en términos excluyentes al “otro”. La diferenciación racial también se aplicaba intra-países. En Francia, los campesinos eran considerados como pertenecientes a otra raza. En Escocia, las tierras montañosas se veían como una

región salvaje, habitada por bárbaros insensibles a los dones de la civilización, quienes simplemente eran miembros de otra dimensión racial (Riquelme, 1993: 74).

Gracias al pensamiento científico, la raza se convirtió no solo en un concepto para diferenciar a los seres humanos, sino también en un hecho. En el siglo XIX, “la raza” se convirtió en una verdad incuestionable que permitía taxonomizar a la humanidad. A partir del *constructo*, se crea la realidad de las razas. Se condiciona la mirada de las personas hacia determinados rasgos somáticos que eran los distintivos de pertenencia a una raza particular.

La existencia de razas pasa a ser parte del sentido común, por lo que se convierte en evidente por sí misma, ya que el sentido común tiene una connotación anacrónica y universalista (Rodrigo, *et. al.*, 1997:4). En la dinámica del racismo, las características físicas de las razas se empiezan a asociar con la cultura.

Posteriormente, se empieza a escribir el certificado de defunción del concepto de raza en el mundo científico, pero no se puede decir lo mismo del “hecho” de las razas. Para lograr que en la vida cotidiana cambie la selección de rasgos distintivos, que permiten percibir la realidad y clasificar a las personas, no basta con que la ciencia diga que no existen las razas.

La realidad de las razas persiste en la sociedad, ya que los efectos sociales producidos por una realidad inexistente convierten en real lo inexistente. En este sentido, lo irreal se torna real por sus consecuencias y las consecuencias se convierten en causas. Ejemplos de las consecuencias sociales de la “difusión” de la realidad del concepto de raza son las experiencias del Holocausto y el Apartheid.

Las formas del racismo actual

Las migraciones y el racismo son tan antiguos como las sociedades humanas, pero el racismo actual se relaciona con el nacimiento del Estado uninacional y su expansión colonial. También se vincula con los procesos actuales de transformación social, económica y política.

Castles afirma que las razones para el auge del racismo se deben buscar en relación con los profundos cambios sociales de los últimos 30 a 40 años, ya que es una expresión de la crisis actual del modernismo occidental. El poder de movilización de los grupos racistas de extrema derecha se puede explicar por el vacío político y cultural que surge con la pérdida de función del Estado uninacional, la reestructuración de la esfera laboral y el debilitamiento del movimiento obrero. Para

este autor, la cultura del movimiento obrero, que no era tanto una de resistencia al capitalismo, sino una de modernización y de fe en el progreso, pierde su poder de integración (1993:58).

La atracción de la extrema derecha yace en que afirma que pondrá al descubierto a los responsables de la miseria que se vive, o sea a los inmigrantes. La “expulsión de estos enemigos internos” ofrece una solución simple, aunque utópica, prometiendo un regreso a un pasado mítico.

Para conjurar una ideología de pertenencia, se recurre a la raza; esta reemplaza a la solidaridad de clase, por lo que el racismo se convierte en el principal instrumento de movilización de la extrema derecha. Para este autor, la crisis de la transformación social posmoderna despierta en muchas personas una disposición al racismo que tiene sus raíces en una cultura del miedo que existe desde hace mucho tiempo. El racismo no es nuevo, pero “resurge” por las condiciones particulares del contexto.

Varios autores (Manzanos, 1999; Riquelme, 1993; Castles, 1993) comparten la idea de que la xenofobia y la desesperanza son hermanas gemelas. La idea fantasmal de lo extraño constituye una entidad de referencia, enraizada en el imaginario colectivo e invocable como *deus ex machina* bajo condiciones adecuadas. La xenofobia es una de las expresiones que puede tomar la problemática coyuntural más amplia que se vive actualmente: crisis económica, cambio en el modelo de producción, fin de los grandes “relatos” y otros.

Para Riquelme, en un contexto de marginalización social, se genera la actitud psicocultural de proyectar el fantasma de lo extraño al imaginario colectivo y derivar hacia allí las tensiones negativas. Se crea, de este modo, un consenso político y cultural alrededor de una virtual exclusión selectiva, que afecta solo a una minoría determinada y fortalece la cohesión social del resto de la comunidad, sin modificar las condiciones generales de la marginalización social (1993: 71).

Manzanos indica que el racismo se nutre de la cultura del miedo: nos roban, nos quitan el trabajo, nos ensucian y otros (1999:23).

Lewis dice que el antagonismo racista representa un retorno a una concepción más temprana y primitiva de la identidad, y la diferencia donde las barreras de sangre y familia no se podían cruzar. La lengua, la cultura y la religión se pueden cambiar, en el nivel individual, basado en una decisión personal y en el grupo a través de asimilación gradual. La raza, por el contrario, no se puede cambiar (1995:21).

Actualmente, el racismo se manifiesta en muchos casos, de forma que

corresponde a lo que Manzanos denomina como *Nuevo racismo*. Este autor usa el término para designar las formas de discriminación racial que surgen tras la deslegitimación de las prácticas racistas explícitas y visibles:

“Predominan los discursos que defienden la igualdad, la tolerancia, la integración de las personas migrantes pero a la vez se es la frontera exterior de una fortaleza que incluye a los inmigrantes extracomunitarios como un problema de seguridad y articula mecanismos para impedir la libre circulación de personas procedentes de exterior” (1999:21).

Este racismo latente, indica este autor, se expresa en los valores culturales dominantes y en actitudes xenófobas a través de procesos de marginación; como cuando la persona extranjera se hace presente y se “ubica” como mano de obra barata, delincuente o enemigo frente al que identificarse para mantener la cohesión del propio grupo (*Ídem*).

En las relaciones sociales generadas en este contexto, se da un cruce complejo de elementos estructurales e ideológicos de los que la raza, o la etnicidad¹, es un ingrediente central. Además adquiere protagonismo el discurso de la nación como narrativa, con dimensiones étnicas y como proyecto estatal. De esta manera, el Estado llega a constituirse en referente “práctico e ideológico” para las interacciones de los grupos que se definen, a partir, y “dentro de” estos “entes” conocidos como Estados nacionales.

1 A pesar de que el concepto de etnicidad es creado para “superar” el concepto de raza, en este documento se intercambian libremente, ya que se retoman en tanto que elementos que influyen en las relaciones sociales. En este sentido, ambos “funcionan” de manera idéntica.

3. COMUNIDADES IMAGINADAS

Los grupos sociales a los que hace referencia este documento se consideran *comunidades imaginadas*. Anderson cita como ejemplos de este tipo de comunidades a las naciones, las razas, las clases, los géneros, las creencias, la gente civilizada y otras (1986: 15). Las comunidades imaginadas que interesa analizar se definen principalmente en relación con una idea de nación.

LA CULTURA DE LA NACIÓN

Al procurar abordar la nación, se vuelve a encontrar la misma paradoja que se evidenció en el caso de las identidades en el contexto globalizado. La producción de una cultura nacional requiere de la demarcación de fronteras y de una segmentación del flujo global. El tiempo y el espacio quedan circundados en la medida en que la historia continua se une a un territorio delimitado. Se entiende que dentro de estas fronteras habita “un pueblo” o comunidad, caracterizados por alguna identidad natural esencial. A pesar de que los miembros individuales puedan diferir, todos comparten atributos esenciales que constituyen su identidad nacional; la igualdad supera la diferencia.

De aquí que surjan las siguientes preguntas, ¿cómo es que se pueden mantener las fronteras nacionales en un mundo que está cada vez más abierto a los flujos culturales? ¿Puede una colectividad imaginarse como una entidad cerrada, cuando sus miembros están cada vez más expuestos a un régimen cultural cosmopolita, por los *media*, los viajes y los encuentros con migrantes y refugiados? En el proceso de revisión de “la historia” y las “características” de la nación, se intentará responder estas preguntas.

El “hacer” culturas nacionales es una instancia específica de un fenómeno más general, la naturalización de la arbitrariedad. Casi todos los autores que han escrito sobre la construcción de las culturas nacionales, hablan acerca del carácter “natural” de los procesos por los que las identidades construidas se vuelven atributos de un orden de cosas autoevidente e incuestionable.

El hecho de que exista la noción de una nación con una identidad cultural fija y dada es un signo del triunfo de todo un conjunto de prácticas para naturalizar esa identidad. De acuerdo con Foster, estas “definiciones” se establecen como *doxias* al sobreponerse a la confrontación y crear “*ciudadanos cuya misma subjetividad se*

constituye como un aspecto de las prácticas que reproducen y naturalizan la cultura nacional” (1991: 239).

Para Verdery, podemos asumir el concepto de nación como un operador básico en un amplio sistema de clasificación social. Los sistemas de clasificación social no solo agrupan de una manera institucionalizada, sino que fijan las bases para la autoridad y la legitimidad a partir de las categorías que establecen y hacen que estas aparezcan como social y naturalmente reales (1993: 37).

La nación es un aspecto del orden político y simbólico-ideológico, al igual que del mundo de la interacción y el sentimiento social. Por algunos siglos, ha sido un elemento importante en los sistemas de clasificación social y, actualmente, es tanto un símbolo poderoso como la base de codificación dentro de un sistema internacional de Estados-Nación.

Verdery indica que la nación nombra la relación entre los Estados y sus sujetos y entre los Estados y otros Estados. Es un *constructo* ideológico esencial en la asignación de posiciones en el Estado moderno y en el orden Internacional. Es un elemento de primer orden en la manera en que el Estado se relaciona con sus sujetos, distinguiéndolos de los sujetos de otros Estados, y dentro de su entorno (*Ibíd*: 38).

A pesar de ser central en el funcionamiento de nuestras sociedades, la nación es un fenómeno histórico reciente, que no tuvo validez en la mayor parte de la historia humana. El reconocimiento del carácter construido de las culturas nacionales que algunos reifican y naturalizan es una herramienta primordial del análisis social. Por este motivo, resulta importante reflexionar acerca de su surgimiento y desenvolvimiento histórico.

La comunidad nacional es una forma específica posible de comunidad humana. Anderson la define como una comunidad política imaginada, inherentemente limitada y soberana. Para este autor, la comunidad es *imaginada* porque la mayoría de sus miembros nunca se conocerán, pero en las mentes de cada uno vive una imagen de su comunión. Sin embargo, esto no implica que hay comunidades “verdaderas” que se pueden yuxtaponer a las “imaginadas” (el caso es que, en casi todas las comunidades, la totalidad de los miembros nunca se va a conocer) (1983: 15).

Lo que le da su especificidad a la nación, según este autor, es la manera en que es imaginada. Afirma que se imagina como limitada. Todas tienen límites elásticos y finitos, ya que ninguna nación se imagina coterminal con la humanidad. (Esta característica la diferencia del cristianismo, por ejemplo, que puede soñar con querer

un mundo totalmente cristiano). También se imagina como soberana —porque el concepto nació en una época en que la Ilustración y la Revolución Francesa destruían la legitimidad del reino dinástico-jerárquico y divinamente ordenado—. Vio la luz en una época en que hasta los más fervorosos creyentes eran confrontados por el pluralismo de su mismo tipo de religiones y la diferencia entre los planteamientos ontológicos de su fe y su estrecho territorial (*Ibíd.*: 16).

El emblema de esta libertad, de ejercer lo “suyo” en medio de la pluralidad, es el Estado soberano. Finalmente, se imagina como comunidad porque a pesar de la desigualdad y explotación que puede prevalecer en cada una, la nación siempre se concibe como una camaradería horizontal y profunda. Es esta fraternidad la que, para él, ha hecho posible que tantos millones de personas hayan estado dispuestos a morir por imaginarios tan limitados.

Este autor analiza el nacionalismo como un artefacto cultural y como producto histórico. En esta medida, le brinda mucha importancia a los sistemas culturales de los cuales surgió y que a su vez marcaron la nación: la comunidad religiosa y el reino dinástico. En su momento, estos sistemas también fueron marcos de referencia “naturales”, como lo es hoy la nación (*Ibíd.*: 18).

Interesa resaltar la afinidad que encuentra Anderson entre la nación y las imaginaciones religiosas. Dice que en ambas hay una preocupación con la idea de continuidad. Señala, como ejemplo, que a pesar de que los Estados-Nación se consideran nuevos e históricos, las naciones a las cuales les dan expresión política siempre salen del pasado inmemorial y, más importante, todavía van hacia un futuro sin límites.

Aparte de las continuidades y discontinuidades que Anderson analiza, en el seguimiento histórico que hace de la nación, es importante rescatar las novedades que participaron en este proceso. A la par del deterioro de las comunidades, lenguas y linajes sagrados, sucedía un cambio fundamental en las maneras de aprehender el mundo, que más que cualquier otra cosa posibilitó el pensar la nación. Ocurrió un cambio en la forma de representar propiciada por la aparición de la novela y el periódico. Estas nuevas formas de imaginar proveyeron los medios técnicos para representar el tipo de comunidad imaginada que es la nación (*Ibíd.*: 30).

La novela es un medio para mostrar la simultaneidad en un tiempo vacío y homogéneo. Su novedad yace en la presentación de varias acciones que se dan a la misma vez, por actores que pueden ignorar la existencia de los otros, tornándose una forma compleja del “mientras tanto”. (La novela carece de las genealogías que

ascendían a los orígenes del hombre, tan características de las crónicas antiguas, las leyendas y los libros sagrados).

Dice Anderson que:

“la idea de un organismo sociológico moviéndose calendáricamente a través de un tiempo homogéneo y vacío es una analogía precisa de la idea de una nación, que también es concebida como una comunidad sólida que se mueve a través de la historia. (Un americano nunca conocerá a más que un puñado de sus compatriotas, no tiene idea de lo que están haciendo en un momento dado pero tiene completa seguridad en su actividad simultánea, continua y anónima)” (Ibíd.: 31).

Esta idea fue la que se hizo posible a partir de la novela.

Acerca del periódico, nos dice el autor que tiene un carácter profundamente ficticio. En aras de argumentar, se pregunta acerca de lo que liga a lo que aparece en la primera página de un periódico. Para él, la arbitrariedad de su inclusión y yuxtaposición muestra que lo que los liga es imaginado. En primera instancia, el vínculo proviene de la coincidencia calendárica —la fecha, el emblema único más importante del periódico provee la conexión esencial— el movimiento hacia adelante del tiempo homogéneo y vacío (*Ibíd.*: 37). (En ese tiempo, el mundo prosigue hacia adelante. Si algo no aparece en el periódico esto no significa que desapareció. La forma novelesca del periódico asegura que el “personaje” Venezuela, por ejemplo, sigue moviéndose, esperando su próxima reaparición en la trama).

La segunda fuente de vínculo imaginado proviene de la relación entre el periódico, como una forma de libro, y el mercado. El libro es el primer producto industrial de producción masiva de tipo moderno y el periódico es una “forma extrema” del libro. Un libro vendido en una escala colosal, pero de una popularidad efímera. Para él la obsolescencia del periódico después de su imprenta, crea una ceremonia masiva extraordinaria —el consumo casi simultáneo del periódico como ficción—. Las ediciones matutinas y vespertinas serán masivamente consumidas entre tal y tal hora, en este día y no en aquel.

Esta lectura viene a ser un sustituto de la oración —es silenciosa, pero todos saben que los otros están haciendo lo mismo—, personas de cuya existencia estamos seguros, pero de cuyas identidades no sabemos nada. En cierta medida, este “ritual” crea la seguridad de la comunidad en el anonimato, una marca de las naciones modernas.

En un momento en que decaían las “certidumbres” de la Antigüedad, el impacto del cambio económico, de los descubrimientos científicos y sociales, del desarrollo de comunicaciones cada vez más rápidas, cortó un amplio abismo entre la cosmología y la Historia. Fue necesario buscar una nueva forma de conectar significativamente la fraternidad, el poder y el tiempo. Quizás nada precipitó más esta búsqueda, ni la hizo más fructífera que la imprenta —capitalista—, la cual posibilitó a un creciente número de personas a pensar en sí mismas y relacionarse con otros en maneras profundamente nuevas. La imprenta, como bien de consumo, es la llave de la generación de toda una nueva idea de simultaneidad.

La construcción de comunidades imaginadas se apoya en el desarrollo del capitalismo de impresión, ya que la imprenta como un medio de comunicación, posibilita el envío de mensajes complejos a lo largo de grandes distancias y permite acumular las tradiciones culturales a lo largo del tiempo. La nación deviene imaginable debido a la nueva tecnología de comunicaciones de la imprenta que se entrelaza con el capitalismo y con la determinación proveída por la diversidad lingüística del mundo.

Gauthier, retomando a McLuhan, indica que la imprenta homogeneiza el espacio al transformar las lenguas vulgares en *mass media*; de esta manera, la imprenta libera las fuerzas centralizadoras y uniformes del nacionalismo (1992: 165).

El surgimiento de la nación también es abordado por otros autores como Gellner y Marx, desde una perspectiva que resalta su “propósito” económico (como agente necesario en el proceso de industrialización). Se retoma la propuesta de Anderson por considerar que es esta la que más puede contribuir a un enfoque que prioriza la dimensión simbólica de la nación.

Nacionalismo: la nación como símbolo

Verdery indica que las naciones se conciben como individuos colectivos. Por esto aparecen como actores históricos, que tienen espíritu o alma, misiones, genio, voluntad, tienen lugares de origen o nacimiento (puede ser una cuna o un mito nacional), tienen linajes, ciclos de vida que incluyen el nacimiento, el periodo de florecimiento y de decaimiento. Sus referentes territoriales físicos son “cerrados” como los cuerpos humanos. Al igual que los individuos, se piensa que tienen identidades, muchas veces basados en el llamado “carácter nacional” (1993: 40).

Al tratar la nación como un símbolo, se debe estar consciente de que puede tener múltiples significados, alternativas de diferentes grupos que intentan “adueñarse” de su definición y efectos legitimadores. Como todos los símbolos, es ambiguo, por lo que su uso diferencial puede movilizar audiencias variadas que creen entender lo mismo. Mirar la nación de esta forma, en lugar de como “una cosa”, permite ver la retórica nacional como plural. Los grupos que se orientan hacia ella, la toman como el símbolo cúspide, pero tienen diferentes intenciones.

Hay varios elementos de conflicto: ideas contrastantes de la autenticidad, de la verdadera misión de la nación, acerca del patrimonio o herencia cultural y el carácter nacional, por ejemplo. La nación aparece entonces como un *constructo*, cuyo significado no es estable, sino que varía con los cambios en las fuerzas sociales. Esto implica un escrutinio cercano de las tensiones sociales dentro de las cuales se torna políticamente significativa. En el escenario analizado, se vuelve importante a partir del ingreso de un número considerable de migrantes nicaragüenses a un contexto que se “cierra” ante su llegada.

Para autores como Foster, la simbolización nacional también hace referencia a aquellos procesos mediante los que los grupos de una sociedad se visibilizan o se invisibilizan. En el proyecto de construcción de la nación, los elementos que no se “conforman” son primero visibilizados y luego asimilados o eliminados, a través de la violencia física o simbólica (1991: 245).

Se da una lucha por la homogeneización que construye una frontera (cuestionada) entre lo “central” y lo periférico. Se define la sociedad nacional como categoría no marcada de “no-étnicos”, en contraposición a lo étnico, lo subnacional o lo subcultural. Estos últimos implican distintividad cultural y, los primeros, hacen referencia a la sociedad civil en sí misma. Este grupo conocido como homogéneo, especialmente cuando se conceptualiza a partir de la pureza racial, permite a personas de diferente clase social identificarse con la cultura nacional circundante. La raza, la clase y la nación se unen en oposición a las identidades de los “otros” marginalizados.

El nacionalismo es la utilización política del símbolo de nación por medio del discurso y la actividad política. También se refiere al sentimiento que lleva a la gente a responder al uso del discurso. Es un discurso clasificador, diferenciador y homogeneizador, por excelencia. Se dirige a personas que se presume tienen ciertas cosas en común.

Los criterios de pertenencia más importantes son ciertas formas de cultura y tradición y una historia específica. Verdery indica que los nacionalismos modernos

han operado desde dos significados de la relación Estado-sujetos. La primera, es la relación conocida como ciudadanía, en la que la nación consiste de una soberanía colectiva basada en la participación política común. La segunda, es la etnicidad, en este caso la nación abarca a todos aquellos que tienen una supuesta lengua, historia o identidad cultural más amplia en común (1993: 38).

Dice Foster que, como ideología, el nacionalismo es quizás el más consecuente y atrayente artefacto de los tiempos modernos. Pero es siempre un artefacto, formulado de manera variada, con efectos diversos, en contextos sociales e históricos diferentes. El nacionalismo postula a la nación como un individuo colectivo, compuesto de seres individuados relacionados por su parecido (1991: 252). Cada individuo replica al individuo colectivo.

El nacionalismo debe abordarse como el estudio de procesos históricos que han producido formas políticas particulares: el Estado-Nación, de manera diferencial en diferentes contextos y de la homogeneización interna que estos Estados han buscado realizar en sus diferentes contextos. En cada caso, se han buscado homogeneizaciones dentro de comprensiones variadas de lo parecido y lo diferente que implicaba clase, género, etnicidad y raza, y se hizo diferente en cada lugar. A lo largo de su historia, “la nación” ha seguido múltiples y variados desarrollos, pero, en todos los casos, se ha conformado como rasgo fundamental de la sociabilidad allí donde se ha surgido.

LA “SOCIABILIDAD” EN EL CONTEXTO DE LAS COMUNIDADES IMAGINADAS

Berian dice que los miembros de las comunidades imaginadas se conectan primordialmente por medio de identidades comunes y, en un grado mínimo, por redes de relación interpersonal directa. En el caso de la comunidad imaginada, es más una forma de sentimiento común que una estructura de relaciones sociales. Sin embargo, estos grupos comparten una identidad cultural construida imaginariamente y las categorías sociales definidas por los atributos culturales comunes de sus miembros (1995: 50).

Los miembros de la comunidad imaginada más pequeña nunca se conocerán todos, pero en su mente vive la imagen de su comunión, creada y recreada por medio del *habitus* que actúa como enmarcamiento interpretativo de la realidad. Para Berian, el proceso de generación de corrientes de opinión desde arriba, o la política de identificación, produce una “comunización” (1993:52).

La gente sin relaciones personales es conducida por la mediación del mundo de los símbolos políticos a imaginarse ellos mismos como miembros de comunidades definidas por notas adscriptivas comunes, gustos personales, hábitos y otros. Por esto, las comunidades imaginadas no son simples creaciones arbitrarias, sino que dependen de relaciones sociales indirectas para conectar a sus miembros y definir los campos de poder, dentro de los cuales sus identidades son relevantes.

Según Beriain, en la sociedad moderna, los mercados a gran escala, las organizaciones y la tecnología de la información han aumentado la cantidad de relaciones sociales indirectas. Las relaciones directas no han desaparecido, pero se han compartamentalizado. Persisten como parte del mundo de la vida inmediata de los individuos, como nexos de ciertas actividades instrumentales (relaciones personales que hacen posible transacciones comerciales y consensos políticos) y, especialmente, en el ámbito de la vida privada (familia, amigos, vecindad). Las relaciones indirectas no eliminan las relaciones directas, sino que cambian su significado al crear regiones de creciente anonimato (*Ibíd.*: 49).

La comunidad imaginada posibilita una concepción de la sociedad como totalidad unitaria por parte de sus miembros. Se siente unidad con otros costarricenses —se comparte un sentido de membresía con gente que nunca se ha conocido y hacia las cuales posiblemente experimentaríamos repulsión en una relación directa—. La comunidad es, en este caso, una forma de sentimiento común, en la cual los miembros se asumen como esencialmente similares y como partícipes de una relación profundamente horizontal.

Para Beriain, el modo de vida comunitario, el discurso de las comunidades imaginadas, como la nación, no es una forma de interacción obsoleta o superada, perteneciente a las sociedades tradicionales, sino que es una forma de integración constitutiva de las sociedades modernas. Esto, sin ignorar que, a la vez, la segmentariedad de las comunidades simbólicas implica un no-reconocimiento mutuo de la alteridad —entre naciones y grupos étnicos, por ejemplo— (*Ibíd.*: 52).

Para este autor en las sociedades complejas el todo deviene visible como totalidad funcional predominante y como totalidad no funcional compensatoria en la forma de comunidades imaginadas, como la nación, la raza y en la forma de comunidad del otro: como los homosexuales o extranjeros (*Ibíd.*: 61).

El individuo se relaciona con el “todo” cuando considera libremente la relevancia de las corrientes de opinión y de la media social estadística del se hace, se dice, se piensa. También se relaciona con el “todo” cuando considera la verdad de

tipos ideales-virtudes del buen ciudadano, buen trabajador y otros. En esta medida, el abordaje de la opinión pública, como proceso de construcción de sentido, se vuelve importante en el contexto de este documento por lo que se profundizará en este aspecto posteriormente.

Por el momento, se aclara que cuando se habla de opinión pública, se hace referencia a su acepción de control social. Se trata de la aprobación o desaprobación de opiniones y comportamientos observables públicamente y perceptibles para el individuo.

El individuo vive la nación no solo cuando se relaciona con el todo, sino, también, en el marco de su cotidianidad. La cultura de la nación se cuele y se forja en los espacios íntimos, en las actividades rutinarias, al igual que en los acontecimientos de índole “espectacular”.

Vivencia de la nación: la cotidianidad del Estado-Nación

Para explorar la “vivencia” de la nación, es importante considerar la forma en que las personas se vuelven “nacionales”. ¿Cómo es que se desarrolla un sentido del yo como nacional? La nación se “vive” a partir de los sentimientos conscientes que la toman como objeto de devoción activa y a partir de la práctica e interacciones diarias, que producen un inherente sentimiento de pertenencia. La vivencia de la nación involucra prácticas que van desde el cortejo y la construcción de familia, influenciadas por las políticas del Estado, a lo más espectacular, como el ir a la guerra.

Para autores como Foster, el Estado participa en la construcción de la nación tanto en un nivel de eventos “espectaculares”, como en lo más cotidiano. En la dimensión “espectacular”, se tiene que los rituales más explícitamente centrados en la representación de la nación, son rituales estatales, como las coronaciones, las inauguraciones, o los rituales de “desarrollo” o modernización (1991: 241).

En esta dimensión, también se ubica la “construcción y vivencia” de la historia a partir de la agencia estatal. La centralidad de la historia en la construcción de la nación yace en la relación que se establece entre la conciencia histórica y la vida cotidiana. La memoria histórica informa al sujeto de lo que es “normal, apropiado o posible”. Provee las bases para que las cosas cobren sentido, volviendo explicable los eventos de una manera que define nuestra relación actual. La memoria histórica indica que “nosotros” es un logro histórico. El aparato educativo a partir del cual se diseminan versiones del pasado nacional es en gran medida una creación del Estado.

El mismo autor indica que la historiografía y el ritual son solo dos instrumentos de un amplio repertorio de “tecnologías” de poder, a partir de las cuales la Nación-Estado legitima su poder. Se puede ver al Estado como un repertorio de agentes, actividades e instituciones que establecen formas e imágenes aceptables de la vida social (*Ibíd.*: 246).

El Estado realiza un proceso comprensivo de documentación y certificación, que es vital para el proceso de formación de la nación. Las agencias del Estado dirigen la formación tanto de identidades grupales e individuales, nacionalidad y personalidad, a partir de la demarcación y mantenimiento de límites clasificatorios. El Estado produce identidades individualizadas de una manera controlada, por medio de actividades aparentemente neutrales como el registro al nacer o de la propiedad. Nos volvemos ciudadanos, contribuyentes y propietarios. Es por medio de la aceptación de estas actividades como rutina que el Estado acierta su presencia y poder como una condición natural de la cotidianidad.

El Estado realiza una especie de “regulación moral”, en la medida en que construye y simboliza los parámetros permitidos de la identidad individual. La actividad estatal coacciona y persuade a las personas a vivir identidades sociales que se originan más allá de ellos, para vivir de acuerdo con ideales e imágenes que les permiten imaginarse “dentro” de una comunidad, la nación, aún cuando su lugar sea de subordinación y explotación.

Es importante recordar que ni la nación como comunidad, ni la cultura nacional tienen propiedades esenciales. Estas son continuamente imaginadas, inventadas, refutadas y transformadas por la agencia de individuos, del Estado y de los flujos globales de personas, mercancías y mensajes.

Estado y racismo

En tanto “formador” de identidades y “definidor” de parámetros como lo legal y lo moral, el Estado tiene mucho que ver con el desarrollo del racismo. La etnicidad, la raza, el género y la clase, se pueden ver, al igual que la nación, como aspectos de la formación de la identidad y, a la misma vez, como ejes de la clasificación social, que muchas veces interactúan en formas complejas.

Verdery (1993:43), retomando a Williams, elabora acerca de cómo los proyectos y políticas de construcción del Estado implican estos ejes, en el proceso homogeneizador básico de la forma de gobierno del Estado-Nación moderno. La

autora ve el Estado como el marco dentro del cual se establecen y se disputan las convenciones simbólicas, dentro del cual se lucha por la legitimidad y en el cual se fijan las relaciones grupales y las distribuciones que se les asocian. El Estado es el marco en el que se visibilizan y anclan, para lo que vienen a ser nociones políticamente efectivas como la cultura, la tradición y lo común-compartido-

Los conceptos de raza, etnicidad, localidad y nacionalidad nombran de manera competitiva diferentes aspectos del proceso de construcción de la identidad. Su contexto es el Estado que motiva diferencias, en la medida en que inscribe fronteras, demarcando el “adentro” del “afuera”, al igual que el “yo” del “otro”.

El Estado es parte de un proceso totalizador que conlleva una constante presión hacia la homogeneidad, que es simultáneamente un proceso de exclusión. Al instituir la homogeneidad como normativa, el proceso de construcción del Estado torna la diferencia en algo sociopolíticamente significativo. O sea, crea el significado de elementos tales como etnicidad, género, localidad y raza, definidos como diferenciaciones dentro del proyecto homogeneizador del Estado.

A pesar de ser un fenómeno histórico reciente, el Estado-Nación se ha postulado como un eje central de la experiencia humana de los últimos tiempos. Los acontecimientos económicos y tecnológicos actuales, parecen traer malos augurios a la continuidad de esta forma de organización social; sin embargo, las luchas en su nombre se intensifican, haciendo difícil la predicción de su futuro.

Globalización y nación: ¿Aceite y vinagre o arroz con mango?

En la era del neoliberalismo y la globalización, la existencia de Estados debilitados lleva a preguntar: ¿Cómo afecta este debilitamiento la viabilidad y el desempeño de la nación, como un símbolo legitimador en la esfera política? ¿Cómo sobrevive la idea simbólica de la Nación cuando el Estado-Nación está debilitado o transformándose? Algunos predicen su pronta “muerte”, otros su transformación y otros su persistencia. El nacionalismo no “rige” el corazón de todos los ciudadanos, pero como sentimiento colectivo sigue teniendo una fuerza impresionante. Es seguro decir que el nacionalismo trasciende el valor de otras alternativas de tipo universalista, ya sean liberales o socialistas.

Greenfeld propone que el valor de la nación se encuentra en la gratificación psicológica que brinda la identidad nacional. Además, está relacionada con la

experiencia de la dignidad por grandes y crecientes sectores de la humanidad. La autora explica que el nacionalismo nació como reacción, una de muchas posibles, a las contradicciones estructurales de una sociedad de órdenes. Fue una respuesta por parte de individuos que se ubicaban en los sectores elite de la sociedad, que se veían personalmente afectados por estas contradicciones al quedar ubicados en un estado de estatus inconsistente.

Los “inventores del nacionalismo” fueron los miembros de la nueva aristocracia “enriquiana”, en Inglaterra. Estos plebeyos, que llegaron al tope de la escalera social, encontraban inaceptable la imagen tradicional de la sociedad, en la que la movilidad social era una anomalía, por lo que la sustituyeron con una nueva imagen: la nación, como se vino a entender en los tiempos modernos.

Cuando esto sucedió, la palabra nación significaba algo totalmente diferente: se refería a una elite cultural y política, más que a toda la sociedad. Pero los aristócratas “enriquianos” la volvieron sinónimo del “pueblo”, un concepto que en Inglaterra, como en otros países europeos, significaba la plebe, la gente “baja”. Como resultado de esta redefinición azarosa, cada miembro del pueblo fue elevado a la dignidad de la elite, volviéndose en principio igual a cualquier otro miembro (Greenfeld, 1993:49).

Greenfeld enfatiza que la cualidad especial de la identidad nacional que la distingue de otras identidades, es que garantiza un estatus con dignidad a cada miembro de lo que se define como sociedad. Su carácter inclusivo popularizó al nacionalismo, llevándolo a ser adoptado y diseminado por otras aristocracias en “desventaja”, lo que aseguró la difusión de este. Esta característica también explica su permanencia de cara a procesos económicos contrarios a la nación. El nacionalismo cohesionaba en forma muy inclusiva. La nación como base de identidad atraviesa no solo el nivel educativo y ocupacional, sino, también, la edad, el género, la raza y la etnicidad (*Ibid.*: 158).

La autora recalca que no piensa que la experiencia de la dignidad (o el reconocimiento social) sea esencial para la vida humana, ya que durante la mayor parte de la historia la mayoría ha vivido sin dignidad. Lo que es esencial no es el procurar estatus, sino mantenerlo; esto se aplica tanto para el alto como el bajo. A lo largo de casi toda la historia, solo el estatus alto se asoció con la dignidad.

Esta autora argumenta que la dignidad es adictiva, y una vez que se conoce, ya no se puede ser feliz sin ella. Esto la vuelve un móvil muy poderoso, y es precisamente esto lo que brinda la nación (*Ibid.*: 50).

Es seguro asumir que en la sociedad moderna la gente no consentirá a ser privado de la dignidad que se adquiere con la nacionalidad. Para muchos, la nación provee un sentido de grandeza, gloria, honor y sentimiento de conexión con algún estado último de las cosas. Brinda sentimientos de lealtad trascendental y agradecimiento, que de otra forma estarían ausentes en sus vidas. Para los miembros de las “grandes” naciones, da un sentido de participación (tan humilde como esta sea) en el poder y la gloria del país. Para los que se consideran miembros de naciones o etnicidades víctimas, otorga una dimensión trascendental para sus temores, odios y deseos de venganza.

Es poco probable que la globalización económica mine el poder de la nacionalidad sobre la humanidad, ya que tiene poca relación con el problema del nacionalismo. La nación permanece, a pesar de ser económicamente “irracional”, porque carecemos de fuentes alternativas “de dignidad” (lo cual no significa que no vayan a surgir). Si el valor de la nación va a ser trascendido, es poco probable que sea a cuenta del desarrollo económico. Los augurios del fin del nacionalismo se basan en la idea errónea de la primacía de la economía en la vida social.

En las comunidades nacionales que abordamos, la esfera simbólica se postula como un eje primordial de integración. La integración que se da por medio de esta esfera hace referencia a la construcción conjunta del sentido, a las formas de construcción de la identidad colectiva y a la autorrealización colectiva e individual.

Interesa analizar la integración simbólica, con énfasis en la construcción de las identidades colectivas —en el proceso de identificación del “nosotros” y los “otros”—. Para entender como se activa el proceso de producción de sentido que crea las condiciones para la integración social, es oportuno revisar los contenidos de la noción de representación social o colectiva.

4. LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL SENTIDO: REPRESENTACIONES SOCIALES

Las representaciones sociales son el medio por excelencia para la construcción de sentido en el contexto de las comunidades imaginadas abordadas. Estas construcciones son centrales en la vivencia de la sociabilidad en los “grupos” sociales, así como en sus procesos de construcción de identidad.

REPRESENTACIONES SOCIALES

Jodelet define la representación social como: *“una forma de conocimiento, socialmente elaborada y compartida, con finalidad práctica, que participa en la construcción de una realidad común en un conjunto social”* (Jodelet, 1991:35). Esta autora señala que estas representaciones *“nos guían en la manera de nombrar, definir e interpretar los diferentes aspectos de nuestra cotidianidad”* (Ibíd.: 31).

Las representaciones sociales, en tanto sistemas de interpretación, rigen la relación con el mundo y con los otros —orientan y organizan las conductas y las comunicaciones sociales—. Intervienen en procesos tan variados como la difusión y la asimilación de conocimientos, el desarrollo individual y colectivo, la definición de las identidades personales y sociales, la expresión de los grupos y las transformaciones sociales. Las encontramos en el discurso, en las palabras, en los mensajes e imágenes mediáticos, a la vez que se cristalizan en conductas y en disposiciones materiales o espaciales.

Se pueden citar como ejemplos de representaciones sociales las creencias, valores, actitudes, opiniones e imágenes. Estos elementos siempre se encuentran organizados como una especie de saber que dice algo acerca del estado de la realidad.

La noción de representación social nos remite inmediatamente a una esfera caracterizada por la complejidad. Esta complejidad hace referencia a los múltiples procesos individuales, interindividuales, intergrupales e ideológicos que se conectan los unos con los otros, en la dinámica de construcción de estas.

En la conformación y circulación de las representaciones colectivas intervienen elementos culturales (valores, modelos), de la lengua y la comunicación (en el ámbito interpersonal, institucional y mediático) y sociales —entendidos como comportamientos y vínculos sociales—, al igual que elementos del contexto histórico-ideológico

(organización social-instituciones, etc.). La elaboración de las representaciones sociales es un proceso dinámico y en constante proceso de construcción. Es, a la vez, un proceso cultural, cognitivo y afectivo.

Jodelet indica que en las diferentes ramas de investigación que tratan esta temática, las representaciones sociales aparecen siempre como una forma de conocimiento que une un sujeto a un objeto. Con base en un acervo de saberes sociales, el sujeto (individual o colectivo) construye, a partir de un proceso de simbolización, una representación sobre un “objeto” —humano, social, material, o una idea—. La representación conlleva la marca del sujeto y su actividad. Las representaciones expresan, a través de sus distintas significaciones, a los grupos o individuos que las forjan y proveen una definición específica del objeto que representan.

Para Jodelet:

“La representación se encuentra en una relación de “simbolización” con respecto a su objeto (parte de él) y de interpretación (ya que le confiere significado). Estos significados provienen de la actividad que hace de la representación una “construcción” y una “expresión” del sujeto. (...)” la representación social es siempre la representación de algo (el objeto) y de alguien (el sujeto), por lo que las características del sujeto y del objeto incidirán sobre la representación “(Ibíd.: 41).

Las representaciones ayudan a construir el objeto del cual son una representación. Esto nos lleva a afirmar que la representación construye en parte su objeto, por lo que este objeto es en parte, realmente tal y como aparece a través de su representación social. Las representaciones forman parte de la realidad social por lo que contribuyen a configurarla, produciendo en ella una serie de efectos específicos.

Dice Meunier que:

“la representación no es ni neutra, ni objetiva, es un proceso mediatizado por los sujetos de construcción y reconstrucción de la significación; ella es indisociable de los protagonistas del intercambio verbal así como de las representaciones, imágenes y objetivos de uno y de otro” (1997:127).

“Funcionamiento” de las representaciones sociales

Según Jodelet, en la construcción de las representaciones sociales se articulan dos procesos: la objetivación (o materialización de ideas abstractas en entes concretos) y el anclaje (o creación de una red de significados). El proceso de objetivación, como una de las formas en que surgen las representaciones, involucra procesos de construcción selectiva, esquematización estructurante, y de naturalización. Las dos primeras partes, manifiestan el efecto de la comunicación y las restricciones ligadas a la pertenencia social de los sujetos acerca de la elección de los elementos constitutivos de la representación. Al objetivarse, las representaciones se integran a las relaciones y al comportamiento (1991: 41).

El hecho de que la representación sea una reconstrucción del objeto, expresiva del sujeto, conlleva un desfase con relación a su referente. Este desfase se puede deber tanto a la intervención especificante de los valores y códigos colectivos, como a las implicaciones personales o los vínculos sociales del individuo. Esta dinámica provoca efectos diversos en el ámbito de los contenidos representativos: de 1) distorsión, 2) suplementación y, 3) sustracción.

- 1) **En la distorsión:** los atributos del objeto representado están presentes, pero acentuados o minimizados de manera específica. Ejemplo: “los niños y las mujeres” son categorías que se elaboran en relación con la categoría “hombres o adultos”, por ser una versión de algo que ya existe, tienen las mismas características, pero en menor grado.
- 2) **La suplementación:** consiste en brindarle al objeto representado atributos y connotaciones que no le son propias, como en el caso de la proyección: una representación del otro basada en uno mismo, sirve para valorizar la imagen propia.
- 3) **La sustracción:** corresponde a la supresión de atributos que le pertenecen al objeto (*Ídem*).

Los contenidos y la estructura de la representación también son modificados por otro proceso —el de anclaje, que interviene asegurando su incorporación dentro de lo social—. El anclaje amarra la representación y su objeto dentro de una red de significados, que permite situarlos en relación con los valores sociales y darles coherencia.

El proceso de anclaje trabaja sobre el pensamiento ya constituido, para acomodar la novedad dentro de lo conocido. Este proceso sirve para darle un valor funcional para la interpretación y la gestión del entorno. Por lo que se sitúa en una relación de continuidad con la objetivación, como se observa en el siguiente esquema:

objetivación ————— anclaje

La “naturalización” de las nociones les da un valor de realidades concretas directamente legibles y utilizables en la acción sobre el mundo y los otros. Por esto, la representación se vuelve teoría de referencia para comprender la realidad.

La “elaboración” de una nueva representación se realiza sobre valores variables que dependen del grupo social, ya que se actúa sobre conocimientos anteriores reactivados por una condición social particular. Las representaciones son ligadas a sistemas de pensamiento mayores —ideológicos o culturales—, a un estado del conocimiento científico, al igual que a la condición social y a la experiencia privada y afectiva de los individuos. Por esto, el pasado, la tradición y la historia son elementos importantes en la construcción de representaciones sociales, a pesar de ser procesos dinámicos, marcados por el cambio constante, producto del bombardeo de innovaciones e informaciones y a la rapidez del cambio social en la vida moderna.

En un sistema social cuya realidad depende de las representaciones sociales compartidas entre sus miembros, existen siempre numerosas representaciones marginales. En ciertas condiciones, debido a algunas rupturas de equilibrio, una representación marginal y disfuncional respecto al funcionamiento social global puede pasar un umbral, amplificarse por un proceso autoacelerado de bola de nieve, donde conductas y representaciones se impliquen unas con otras y transformen el funcionamiento del conjunto.

Para Moscovisci, una vez en el “campo”, la representación sufre toda una serie de metamorfosis que la hacen cambiar de contenido y de estructura, producto de los procesos de comunicación. Al representarse una cosa o una noción, no elaboramos únicamente nuestras propias ideas e imágenes; generamos y transmitimos un producto progresivamente elaborado a lo largo de incontables lugares, según reglas variadas (1991: 83).

El proceso de anclaje de las representaciones en la vida colectiva nos remite a la cuestión de su “eficacia” y de su rol en el devenir de lo social. Jodelet indica que *“la representación llena ciertas funciones en el mantenimiento de la identidad social y*

del equilibrio socio-cognitivo al que se encuentra ligado” (1991: 51). Un buen ejemplo de esto lo constituye la movilización de defensas que se da cuando irrumpe algo nuevo.

Cuando la novedad no se puede evitar, sigue un trabajo de anclaje, con miras a familiarizarla y a transformarla para integrarla en el universo del pensamiento preexistente. Esta tarea corresponde a una función cognitiva esencial de la representación. Esta función social se adjunta a las de orientación de conducta y comunicación, de justificación anticipada o retrospectiva de las interacciones sociales o relaciones intergrupales. La representación es un conocimiento de carácter práctico, orientado a la gestión y a la relación con el mundo.

La naturaleza social de las representaciones

Las representaciones sociales son un conocimiento orientado a la práctica. Según Jodelet, por medio de este conocimiento del sentido común, buscamos:

“manejar nuestro ambiente, comprender, explicar los hechos e ideas que pueblan nuestro universo de vida o que surgen de él, actuar sobre y con los otros, situarnos respecto de ellos, responder las preguntas que nos plantea el mundo, saber lo que los descubrimientos de la ciencia, el devenir histórico significan para la conducción de nuestra vida, etc.” (1984: 360).

Este tipo de conocimiento se califica como práctico al referirlo a la experiencia, a partir de la cual se produce y, sobre todo, porque la representación sirve para actuar sobre el mundo y sobre el otro. Jodelet retoma a Piaget, quien indica que es un modo de conocimiento socio-céntrico, al servicio de las necesidades, deseos e intereses del grupo. La “naturalización” de las nociones les da un valor de realidades concretas, directamente legibles y utilizables en la acción sobre el mundo y los otros. La representación se vuelve, así, guía de lectura y, por “generalización funcional”, teoría de referencia para comprender la realidad (Jodelet, 1991: 53).

Moscovisci, haciendo referencia a la naturaleza de la representación, señala que es social porque sus condiciones de producción son inequívocamente sociales y debido a que cumple funciones sociales: comunicación, interacción, identidad grupal y construcción de la realidad, pero sobre todo, por el hecho de que es elaborada en el curso de procesos de interacciones e intercambios (1991:81).

Las representaciones se elaboran por medio del intercambio de informaciones y de manera colectiva; por eso son un conocimiento compartido. Este autor parte del principio de que la realidad y el individuo interactúan y se construyen recíprocamente, por lo que las representaciones vienen a ser un conocimiento que participa en la construcción de una realidad común a un conjunto social.

Gauthier comparte esta idea de Moscovisci sobre la importancia del intercambio. Según este autor “*el sentido de la representación no se produce en alguna instancia (económica o psíquica) sino que se crea en el proceso de intercambio*”. El autor sostiene una visión dinámica de las representaciones al indicar que “*es una manera de decir las cosas y al decir las de modificarlas*”. Además, define la representación como “*aquello que circula, con una intensidad desigual, según una duración variable, que no evita ni la paradoja, ni la saturación*”. Por esto, a través de ella, se pueden abordar los límites del imaginario colectivo (partiendo de su ausencia o incompatibilidad) (1992: 54).

“Haciendo sociedad”: construcción conjunta del sentido e integración social

Las representaciones colectivas, según Beriain, conforman el sistema cultural de una sociedad; en torno a este, “*la sociedad organiza su producción del sentido, de un mundo de significaciones sociales, de su Identidad, del Nosotros*” (1990: 9). Las representaciones sociales se postulan como constelaciones de significaciones sociales, que son interpretaciones o respuestas acerca de preguntas “importantes”, como aquellas concernientes a la muerte, al amor y otros. Cada constelación dispone de una imagen de mundo con la que el individuo se identifica (*Ibid.*: 12). La creación de estas constelaciones y de sus correspondientes imágenes de mundo, coincide con el proceso de autoconstitución de la sociedad. Esto hace posible el representar y el decir sociales. La cosmología de la cual dispone toda sociedad conlleva una imagen de mundo con la que el individuo se identifica (o diferencia, si pertenece a otra sociedad con simbolismo diferente).

La sociedad se constituye, se instituye a sí misma, como siendo algo significativo. En su proceso de constitución la sociedad se autorrepresenta; surgiendo una relación de un “nosotros”. Dice Durkheim que en el momento en que dos, o más, sujetos se comunican presuponiendo algo externo a ellos, que los une y los diferencia del resto, surge una identidad colectiva. A partir de esta identidad social, surge una

definición cultural institucionalizada de una sociedad de referencia. El referente es el *nosotros*. El “nosotros” se compone, entonces, de individuos que participan de la estructura de significaciones sociales de la sociedad. Participan de sus normas, valores, mitos, ideas, proyectos; en fin, de aquello que denominamos bagaje cultural (1995: 232).

En este mismo proceso de “autoproducción”, la sociedad construye, de acuerdo con Durkheim, un *Ideal de Sociedad*. Este *Ideal* se constituye a partir de una red de significaciones simbólicas. Para él, la sociedad no puede crearse ni recrearse, sin crear a la vez alguna forma de *Ideal*. Esto no es un paso extra, opcional, por medio del cual, estando ya constituida, la sociedad aplica el acabado final; es el acto mediante el cual la sociedad se hace a sí misma, y se reconstruye periódicamente. La sociedad ideal es parte de la sociedad real. No son opuestos, ni polaridades, son una misma (*Ibid.*: 424).

Para el mismo autor: “*Una sociedad no está constituida únicamente por la masa de individuos que la componen, el espacio que ocupan, las cosas que usan, ni los movimientos que realizan, sino más que todo por la idea que tiene de sí misma*” (*Ídem*). Esto no implica que la conformación de la sociedad Ideal sea un proceso sin conflicto. Son varios los *Ideales* que compiten por imponerse, pero los conflictos son siempre entre diferentes ideales y no entre lo ideal y lo real.

Berian, por su parte, afirma que la “autorrepresentación de la sociedad” proporciona un consenso normativo básico, en torno a una serie de significaciones sociales primordiales que ofrecen una interpretación del mundo (1990: 14).

Durkheim es el primero en insistir sobre el isomorfismo existente entre las representaciones y las instituciones, al igual que sobre la idea de que la forma en que clasificamos las cosas es solidaria con las formas de agrupamiento social (1995: 437). Compartimos este postulado de que hay una interrelación y una correspondencia entre las formas de organización social y las modalidades del pensamiento social.

Las representaciones colectivas se cristalizan en categorías del conocimiento. Estas categorías cognitivas posibilitan el entendimiento intersubjetivo en torno a la realidad simbólicamente estructurada. Durkheim indica que las representaciones colectivas traducen la manera en que los grupos se piensan en su relación con los objetos que afectan (*Ídem*). Se parte de aquí para afirmar que la manera en que un grupo “conoce”, reflejada en sus representaciones colectivas, es una forma de definir los contornos de un grupo y su identidad.

Compartir una idea o una lengua, es afirmar un vínculo social y una identidad. El compartir lleva a una afirmación simbólica de una unidad. De igual forma, la adhesión colectiva contribuye al establecimiento y al refuerzo del vínculo social. Sin embargo, es importante aclarar que la adhesión a la representación no es igual a la de la creencia. No es que todos comparten la misma idea.

Jodelet, retomando a Veyne, indica que *“las connotaciones sociales del conocimiento no tienen tanto que ver con su distribución entre muchos individuos, sino con, que el pensamiento de cada uno está, de diversas maneras, marcado por el hecho de que los otros también lo piensan”* (1991: 50). Es posible hablar de variación, diferencia y unidad a la vez, ya que no son excluyentes. La complejidad significa la admisión de la variedad bajo una misma unidad.

La construcción conjunta del sentido lleva a la creación de un “nosotros”. El mundo instituido y compartido del significado es, en alguna medida, correlativo a la noción de sociedad. Los individuos pertenecen a una sociedad porque participan en su estructura de significaciones sociales; a la vez, las interpretaciones que generan sobre sus “acciones”, forman parte activa y decisiva de esa realidad.

De las interacciones que unen a los seres humanos entre sí y con el mundo, surgen representaciones, de los mismos seres humanos, de sus relaciones y del mundo. Los individuos actuando cada vez más en función de sus representaciones, generan una realidad correspondiente.

REPRESENTACIONES SOCIALES Y COMUNICACIÓN

La comunicación deviene importante en este contexto en la medida en que las representaciones colectivas y la comunicación son interconstitutivas. La comunicación social aparece en sus aspectos interindividuales, institucionales y mediáticos como condición de posibilidad y de determinación de las representaciones sociales y del pensamiento social. La comunicación está presente en todas las representaciones, cualquiera que sea su materia y origen.

Habermas, citado por Berian (1990:33), dice que las representaciones colectivas de la modernidad emergen únicamente en la esfera de la comunicación, ya que su validez se basa en el discurso humano. El lenguaje humano se convierte en el punto de referencia de toda pretensión de validez de una cosmovisión descentrada .

El lenguaje es, según Durkheim, el medio para lograr el “apalabramiento” de las representaciones colectivas. El lenguaje, al igual que las representaciones colectivas: a) supera la experiencia individual de la realidad; b) está antes y más allá de los individuos como condición de posibilidad contra fáctica para la interacción significativa; c) es tipificado en una red transpersonal e intersubjetiva de reglas (1995:435).

Norato (1996: 40), retomando a Luhmann, indica que la comunicación es el proceso que permite la existencia de la sociedad. Por medio de la comunicación se hace posible su construcción significativa, la diferenciación de sus sistemas, la interrelación de estos con el entorno y entre ellos, así como la reducción de la complejidad. Para Moscovisci, la comunicación también juega un rol fundamental en los intercambios e interacciones que participan en la institución del universo consensual. La comunicación nos refiere a los fenómenos de influencia y de pertenencia social que participan en la institución de un universo consensual (1991:83).

La comunicación es el vector de transmisión del lenguaje, que a su vez es portador de representaciones sociales. La comunicación tiene una incidencia sobre los aspectos formales y estructurales del pensamiento social, ya que abarca procesos de interacción social, influencia, consenso, disentimiento y polémica.

Para Jodelet, la comunicación:

“Participa en la forja de representaciones, que sostenidas bajo una energética social son pertinentes para la vida práctica y afectiva de los grupos. Energética y pertenencia social que dan cuenta, a la par del poder performativo de las palabras y los discursos de la fuerza con la que las representaciones sociales instauran versiones de la realidad comunes y compartidas” (1991: 49).

Para Durkheim, lo que el lenguaje expresa es la manera en que la sociedad, como un todo, concibe los objetos de su experiencia por lo que podemos referirnos a las nociones que corresponden a los diferentes elementos del lenguaje como representaciones colectivas.

La comunicación, especialmente la que concierne los procesos colectivos de construcción de sentido, es predominantemente mediada. Esta característica incide enormemente en la generación de representaciones colectivas y sobre la manera en que se construye lo social (1995:436).

La cultura mediática: medios y construcción de la realidad

En las sociedades “tardías” las características de la comunicación han cambiado. Aquí las comunicaciones, según Rodrigo, oscilan en un continuo donde los extremos están ocupados por la comunicación interpersonal y la comunicación mediada² (Rodrigo,1996:20).

La comunicación mediada adquiere un papel central en la construcción de esta cotidianidad. Los medios masivos de comunicación han modificado los universos de referencia, a la vez que se han convertido en “centros neurálgicos” de los procesos de socialización y de construcción y transmisión de las representaciones colectivas. Los medios han cambiado el entorno y los campos cognitivos en los que se llevan a cabo los procesos de producción de sentido. Se instituyen como lugar de encuentro, de reconocimiento, de construcción plural de la opinión y de adquisición y legitimación de saberes. La construcción y transmisión de las representaciones colectivas se encuentran dominadas por la comunicación *mass* mediática.

En este sentido, Spitulnik, retomando a Hall, indica que:

“los mass media han colonizado progresivamente las esferas culturales e ideológicas. Así como las clases y los grupos sociales viven vidas cada vez más sectorializadas y fragmentadas, los mass media son cada vez más importantes en el aporte de una base sobre la que los grupos construyen una imagen de la vida, los significados, las prácticas y los valores de otros grupos y clases, por proveer las imágenes, representaciones e ideas alrededor de las cuales la totalidad social, compuesta de todas estas partes separadas y fragmentadas, pueden ser coherentemente aprehendidas como un todo” (Spitulnik, 1993: 294).

En aras de comprender el “funcionamiento” de este “canal” de producción de sentido, se han elaborado gran cantidad de explicaciones teóricas. Estas elaboraciones

2 Rodrigo señala cinco características básicas de la comunicación mediada: 1) hay una intervención tecnológica; 2) el comunicador se manifiesta en doble instancia, como sujeto de la enunciación individual y como sujeto colectivo de la enunciación —lo cual refiere a la empresa comunicativa—; 3) hay una mediación en la producción del mensaje —el medio no se utiliza únicamente como un canal, sino también como constructor de un discurso—; 4) da lugar a un tiempo y —o espacio plusmediáticos—; y, 5) hay una separación entre los sistemas de producción y de recepción.

presentan un espectro de visiones variadas, que van desde aquellas en las cuales se presenta a un emisor capaz de “controlar” a la población, hasta aquellas que le dan un rol primordial al “manejo” que realiza el destinatario de la información que recibe³.

Sostenemos que la comunicación mediada se convierte en un elemento constitutivo de la producción de sentido, en la medida en que es “absorbida” por las intrincadas redes comunicacionales de la cotidianidad. Esta “absorción” implica influencia —sí—, pero no como un proceso unidireccional, sino como un proceso donde los “mensajes” de la comunicación mediática “entran” en el espacio social, pasando por los tamices interpretativos de los diversos grupos. La “influencia” de los medios no se da al margen de otras formas de producción de sentido.

Con el fin de ilustrar diferentes matices de las posiciones que “evalúan” la influencia de los medios de comunicación, vale la pena tomar en cuenta lo que señalan Fernández y Brunner. El primero sostiene que los medios de comunicación tienen el poder de poner a la gente a pensar sobre ciertos temas (Fernández, 1996:20). El segundo atenúa las posibles influencias de los medios, adjudicándoles un cierto poder a “los públicos”. En esta medida, define los públicos como un centro potencialmente sofisticado de interpretación e iniciativa, compuesto por personas que interactúan en torno a los estímulos de la información que reciben (Brunner, 1996: 9).

Este autor sostiene que la “tematización”⁴ de los asuntos públicos no es una tarea que pueda ser realizada por los medios de comunicación aisladamente. Afirma que los medios:

“operan en un territorio de significados previamente demarcados por factores socio-culturales y político-institucionales, para ingresar a la agenda y alcanzar visibilidad y permanencia ante la opinión pública, los asuntos necesitan adecuarse no sólo a los intereses comunicativos de los

3 Para una elaboración detallada sobre estas teorías veáse Sfez 1992 Parte II.

4 Se retoma el concepto de tematización que esboza Lalinde (1992), el cual se refiere al establecimiento y reconocimiento público de grandes temas que constituyen la opinión pública, mediante la acción determinante de los medios de comunicación de masas. El proceso de “tematización” es el mecanismo por el cual se forma la opinión pública en las sociedades posindustriales, en las que los sistemas políticos necesitan de los sistemas comunicativos para llevar a cabo su acción de toma de decisiones. En este contexto la opinión pública ya no se define por la discusión libre sobre temas, sino mediante una actividad selectiva ejercida por los medios de comunicación que otorgan relevancia a algunos; basándose en criterios valorativos colectivamente aceptados y generalizados en una sociedad.

medios sino, además, a criterios de relevancia interna de las personas, a criterios de relevancia comunitaria y a las propias percepciones que los individuos y grupos tienen sobre el estado de la opinión pública. (...) Lo anterior impone a los medios la necesidad de sintonizar finamente con las preocupaciones de la gente” (Ibíd.: 15).

Los medios de comunicación masiva, como dice Brunner, no “tematizan” los asuntos públicos por sí solos. Su influencia tiene un asidero en la sociedad; pero, en concordancia con lo que afirma Fernández, también creemos que los medios tienen el poder de poner a la gente a pensar acerca de ciertos temas (influyendo también sobre la manera como se piensan esos temas). En este mismo sentido, Lalinde afirma que: *“lo que los medios presentan como acontecimientos tematizados, representan formas de interpretación social de la realidad. Los medios trabajan sobre los imaginarios colectivos y sobre lo que podríamos llamar “discurso social común” (1992:13).*

Dicha forma de comunicación se entremezcla con otros elementos que participan en la producción de sentido, formando parte del entramado interaccional donde se produce “lo social”. En esa dirección, es importante resaltar que el poder sobre la construcción del sentido nunca está en las manos de un solo actor, sino que hay que proceder a recapitular las múltiples influencias, mecanismos y actores involucrados. Los medios de comunicación carecen de los atributos de omnipotencia que algunos análisis parecen asignarles; pero también es cierto que le imprimen un sello diferencial a la dinámica de producción de sentido.

Los medios de comunicación tienen la capacidad de crear ciertas realidades, que Rodrigo llama espacios vicariales o aproximados, situados entre lo lejano y lo próximo, a partir de los cuales también se construyen realidades (1996:19). Gómez Mompert los llama espacios plusmediáticos; de los cuales dice que *“si bien no son un territorio al margen del resto de la vida social de cada uno, si que son un espacio virtual añadido” (Ídem).*

La geografía del campo donde se llevan a cabo los procesos de producción de sentido se ve alterada por la constitución de estos espacios virtuales o vicariales. La existencia de dichos espacios, que oscila entre lo vaporoso y lo concreto, conlleva un efecto certero que modifica el espacio social. Por medio de su capacidad de construcción de nuevos espacios —esos llamados vicariales—, tenemos que los medios no solo son medulares en la construcción de lo social, sino que modifican su “fisonomía”. La comunicación mediada y los espacios de “virtualidad” que crea

marcan los procesos de construcción de sentido; para este caso, de construcción de representaciones colectivas, en las sociedades “tardías” —esas que algunos llaman sociedad de la comunicación—.

Los insumos de la comunicación mediática ciertamente vienen a ser representaciones sociales aunque reprocesadas. Esto quiere decir que el tratamiento mediático de los distintos aspectos de la vida social va más allá de la reproducción y sedimentación de las representaciones sociales que dan forma a las mentalidades colectivas al crear condiciones para la modificación progresiva. Los medios audiovisuales, y sobre todo la televisión, propagan representaciones de las representaciones sociales, creando efectos diversos, generalmente inconmensurables, y llegando a diferentes audiencias que pueden reconvertir al cabo del tiempo las representaciones sociales originales.

Forma y contenido: el mensaje “vulnerable”

Resulta importante preguntar acerca de cómo las formas de los medios de comunicación permiten el desarrollo de cierto tipo de contenidos y la supresión de otros y cómo, consecuentemente, afectan los contenidos de la cultura.

Dice Alba que:

“toda cultura es una conversación o más precisamente un conjunto de conversaciones. La manera en que conducimos tales conversaciones influyen en lo que podemos expresar convenientemente. Y las ideas que convienen expresar se convertirán inevitablemente, en el contenido importante de la cultura. Entonces, la forma (de estas conversaciones) determina el contenido de la cultura” (1994: 80).

Agrega que los medios de comunicación disponibles en cada cultura constituyen una influencia dominante en la formación de las preocupaciones intelectuales y sociales de esa cultura. Además, señala que:

“cada uno de estos medios, como el lenguaje en sí mismo, posibilita una forma única de discurso, ya que proporciona una nueva orientación para el pensamiento, para la expresión y para la sensibilidad. Nuestros medios son nuestras metáforas y estas crean el contenido de nuestra cultura” (Ibíd.: 81).

Gauthier retoma a McLuhan, quien escribe ampliamente acerca de la relación forma-contenido de los medios. Una de las hipótesis centrales de McLuhan es que el ser humano cambia, cuando su relación con los sentidos cambia: “*Nuestras representaciones dependen de nuestras sondas (en un principio naturales-nuestros sentidos) y luego artificiales*”. Para este autor, la forma del medio es un elemento primordial de acceso al mundo, de definición del entorno y de representación de lo real. Las formas cada vez más tecnologizadas por medio de las cuales nos situamos en el espacio, determinan ese espacio. Por medio de los media, vemos y sentimos de cierta manera, en función menos de su contenido, que de su forma oral, visual o intersensorial. El medio modifica los modelos de percepción de manera tal que tanto el lugar en el mundo, como la relación con los otros, cambia (1992: 160).

Mc Luhan desengancha lo social de sus fundamentos psicológicos o éticos, para conectarlos a una red mediática que los transforma radicalmente. Para él, el medio modifica lo real, porque en el fondo lo real solo depende de nuestro modo de percepción. Se erige, entonces, un universo artificial-ficticio sobre la base de la certitud existencial de la sensación comunicada por el medio (*Ibíd.*: 174).

Gauthier examina la “artificialidad” que se vive en la cultura mediática. Presenta una visión bastante tétrica del momento actual, en el cual la imagen se impone como figura central. En su opinión, se vive paralizado en medio de la excitación. Se piensa en imágenes con el problema de que esto insensibiliza al mundo. Dice el autor que cuanto más se ve el mundo, más escapa su comprensión. “*De tener un punto de vista sobre el mundo, pasamos a la visualización del mundo que se nutre de imágenes teletransportadas, sin resonancia inteligible*” (*Ibíd.*: 227).

Cuanto más se participa en la red de imágenes e información, más se asiente de forma pasiva. Lo que importa es estar inmerso en el proceso y no el contenido del proceso. Para él, la esfera actual de la comunicación se basa en la relación acortada, emisor-receptor, que transporta un mensaje mínimo, bajo la forma de signo (*Ídem*).

La relación entre esta “artificialidad” del mundo, que mencionan los autores, y los cambios sucedidos en la comunicación se hace notable. La tecnologización de los medios ha implicado cambios sobre la comunicación y, por ende, la cultura. Aquello que se percibe como “el mundo”, llega a través de los medios; a la vez que la integración a la “totalidad” se da a partir de ellos. Los medios proveen insumos que se toman como reflejos de la realidad; pero, muchas veces adoptan —presuponiéndola— información ya transmitida por otros medios. Alba indica que los mismos “*parecen*

hacer referencia, en el juego de las citas intertextuales, al mundo, pero en realidad hacen referencia al contenido de otros mensajes de otros medios de comunicación” (Alba, 1994: 80).

La cultura *mass-mediática* también ha venido estableciendo una equivalencia entre ser y aparecer en los medios. Lo que estos ignoran o silencian parece condenado a la inexistencia. Pérez afirma que se vive en una civilización de la imagen tanto visual, como sonora y audiovisual. Señala que *ser* es igual a aparecer en los medios, ya *“sea de forma materializada en la visualidad de los medios impresos, en la evocación sonora de la radio o en la narratividad audiovisual del cine, la TV y el vídeo”* (1995: 114). “El mundo” que presentan los medios puede no ser tan “fiel a la realidad” como se asume; pero entra al proceso de construcción de sentido con esos atributos, por lo que se torna real en sus consecuencias.

Los medios influyen contundentemente en la construcción de la realidad, colándose en aspectos tan esenciales como la definición de la verdad y del ser. Bajo esta influencia se organiza la experiencia del mundo, por lo que los medios se imponen de diferentes maneras sobre las conciencias e instituciones. Se implican en la formación de múltiples conceptos como la belleza y la libertad, por ejemplo, y también en la manera en que se define la verdad.

El concepto de verdad es siempre una construcción socio-cultural, con todas las implicaciones que esto conlleva. Dice Alba: *“que las definiciones de verdad se derivan, al menos en parte, del carácter de los medios de comunicación mediante los cuales se transmite la información, y entonces están implicados en nuestra epistemología”* (1994:81).

Para este autor, la verdad se constituye, en esta sociedad, como el producto de una conversación del ser humano consigo mismo acerca de y por medio de las técnicas de comunicación que él mismo ha inventado. La veracidad de un hecho ya no tiene que corresponder a criterios rigurosos, sino a la repetición incesante de las mismas afirmaciones por parte de diversos medios.

Los medios re-presentan, pues interpretan la realidad y, sobre esta interpretación, “construyen” o “presentan” una nueva forma de ella —una realidad discursiva y mediada—. Imitan y, a la vez, crean; reorganizan el mundo y la cotidianidad, dándoles sentido y otorgándoles valoración. Los medios realizan “un corte” en la realidad que se ajusta a sus “intereses y posibilidades”, lo cual tiene efectos certeros sobre el “mundo” que presentan.

Las nuevas tecnologías han modificado los modos de intersubjetividad y de interrelación humana, influyendo sobre la imagen que los individuos se van formando de sí y de los otros. Esto, porque gran parte de la valoración de su ser y actuar se da a partir de la exposición a los modelos predominantes de comportamiento presentes en los medios. De aquí que no sea posible pensar la identidad en este siglo sin reconocer que una gran parte está determinada por la relación mediática con el otro; por la construcción de “ellos”, que nos llega por los medios; y por el relato de la identidad que estos enuncian de “nosotros”. Así, la identidad, lo que “caracteriza” a una cultura, nace de esta relación dialéctica entre lo que “se lee” y lo que “se relata” en los medios de comunicación (González, 1997:79).

La identidad se refiere a un conjunto de rasgos en permanente construcción, cuyo límite es cada vez más vulnerable y vulnerado por los mensajes de los medios de comunicación, los cuales introducen y sacan elementos del conjunto para elaborar sus propios relatos de identidad.

Rodrigo señala que los medios tienen, en su mayoría, al Estado-Nación como referente territorial. Esto se puede apreciar en las distintas secciones que ordenan los acontecimientos como interiores (“Nacionales”, “Política Internacional”) o exteriores (“Internacional” o “Extranjero”). El acontecer público es enmarcado como interior o exterior. Además, indica, que el propio contenido de los medios de comunicación suele ser etnocentrista:

“(…) los medios de comunicación establecen un horizonte espacial cognitivo y afectivo por el que se establecen unas fronteras que marcan los límites entre el “nosotros” y “los otros”. Los periodistas y la prensa en general, a pesar de las nuevas tecnologías que muchos habían predicho que podrían crear una aldea global, siguen hablando la lengua de sus respectivas culturas-tradición-audiencia “ (1996:40).

La representación de los hechos por parte de los medios descansa sobre estructuras culturales (estructuras convencionales de pensamiento o maneras de expresarse de la sociedad entera). Estas representaciones se forman en unidades de información que se encuentran codificadas en sistemas organizacionales comunes (como el lenguaje), para significar conceptos más amplios. Esto, con el fin de estructurar un mensaje de acuerdo con patrones compartidos, o convenciones, como

una manera de disminuir la entropía y aumentar la redundancia (lo que aumenta las posibilidades de entender).

Para Trejo: *“Los medios no propagan toda la realidad sino fragmentos seleccionados de la vida real. Son un elemento más y un espejo privilegiado de ella. No son la realidad”* (1994: 57). Pero estos fragmentos se suman a otros elementos y se construye “realidad”. La “construcción” del “otro”, extraída de la información mediada, se conjuga con los flujos provenientes de otras esferas, para incidir sobre las representaciones colectivas que se forjan sobre los diferentes grupos.

Procesos de selección de la noticia y construcción de la realidad

Esta reflexión se generó enfatizando sobre aquella información mediática que se presenta como reflejo de la realidad: la noticia. “La noticia” entra al entramado social con grado de reproducción de la realidad; tomándose como insumo de realidad para construir sobre esta. Sin embargo, sostenemos que más allá de ser una reproducción de la realidad, la noticia es una creación.

Los noticieros imitan, pero también crean —crean nueva realidad, reorganizan el mundo y la cotidianidad, dándole sentido—. Informar no es solo transmitir, sino dar forma e infundir significación. La edición implica hacer una interpretación de lo que se llama “realidad”; parcelando, eligiendo y seleccionando. A continuación se revisan algunos de los procesos de selección involucrados en esta construcción que nos llevan a sostener esta afirmación.

Lalinde indica que el proceso de selección de la información de la noticia es el momento clave de la construcción de la realidad periodística, y donde se hace explícito el “corte” de la realidad que realiza la red informativa. Asimismo, señala que la selección no puede explicarse como la elección subjetiva del periodista. Es, más bien, un proceso complejo que se desarrolla a lo largo de todo el ciclo productivo, realizado por distintas instancias (desde las fuentes hasta el redactor individual) y con motivaciones que no siempre obedecen inmediatamente a la necesidad directa de escoger qué noticias deben ser publicadas (1992: 10).

Para esta autora los factores fundamentales en la selección de la información son la audiencia, la accesibilidad y la conveniencia, definidos desde una ideología profesional particular y en función de dos valores fundamentales: la importancia y el interés. En relación con la audiencia, nos indica que el reportero debe plantearse

atraer al público. Según ella, los criterios de “noticiabilidad” surgen del proceso de socialización que los mismos reporteros han sufrido en la organización.

Los valores “adquiridos” de los reporteros, en torno a lo que es y no es importante, se proyectan a la audiencia, por lo que se invierte el sentido del proceso en función del cuál se dice que se actúa. Las inferencias que se hacen responden a la imagen que los profesionales tienen del público y sus intereses. En lo que concierne a la accesibilidad, opina que los acontecimientos que no permiten el acceso de la organización nunca serán noticia.

Lalinde señala tres niveles de selección de la información:

- La selección de primer grado, que hace referencia al derecho de entrar en el circuito informativo. Aquí se contemplan criterios de distribución tópica, territorial y organizacional de la red. Por ejemplo, los medios “serios” tienen una perspectiva de la actividad social básicamente institucional, mientras que los sensacionalistas van a un nivel “más bajo” por su información.
- La selección de segundo grado tiene que ver con la labor de jerarquización de la información, como, por ejemplo, qué información va a abrir el programa. Se debe tomar en cuenta que se trabaja sobre un material heterogéneo que debe ser racionalizado y homogeneizado según categorías operativas y efectivas.
- En la selección de tercer grado, la función de “tematización” coincide con la consonancia de todo el sistema informativo y corresponde al concepto de marco que proponen los medios para interpretar la realidad. Responde a un interés político–estratégico, que abarca los intereses de la organización y del sistema informativo global (*Ibíd.*: 11).

La rutina de selección del material no puede achacarse a criterios “subjetivos” del periodista, sino a la forma en que está organizado, institucionalizado y desarrollado el oficio de periodista. El concepto de manipulación, entendido como la distorsión deliberada de la información, no es suficiente para explicar la imagen de la realidad social producida por los medios. Hay una “distorsión involuntaria” que proviene de la existencia de rutinas productivas y de los valores profesionales de los periodistas.

Con el fin de ilustrar, aún más, la gran cantidad de criterios de selección a los que están sujetas las “noticias”, se recapitulan algunos que enumera la misma autora, quien habla de:

Criterios sustantivos relativos al contenido:

El criterio de *importancia* se determina por las siguientes variables, en el caso de las “noticias duras”:

- Notoriedad del sujeto.
- Impacto sobre la nación y el interés nacional, a partir de la relación con el sistema de valores ideológicos y con los intereses propios de un país.
- Proximidad cultural o geográfica.
- Cantidad de afectados.
- Desarrollo futuro.
- Conflicto.

También se habla de los valores-noticia referidos al criterio de *interés*. Estos valores se aplican a noticias “blandas” cuya difusión no es urgente, pero cuyo valor estratégico dentro de la programación es clave ya que mantiene relación con los valores-noticia referidos al producto. Aquí, caben las noticias “interesantes”—aquellas que tienen “valor humano”, que son curiosas o insólitas y se valoran por su “capacidad de entretenimiento” y de provocar curiosidad y emotividad—.

Los *criterios relativos al producto* tienen relación con el tipo de material con que se cuenta y con la calidad y cantidad de este. Así, la televisión enfatiza en las imágenes, la prensa en la calidad de las fotografías o material de archivo, y la radio en el material testimonial disponible.

La autora también habla de valores-noticia aplicados indiscriminadamente a todo el material:

- Novedad.
- Disponibilidad del material.
- Brevidad: la red informativa está diseñada para captar hechos puntuales y no para seguir el curso normal de los acontecimientos, esto es parte de lo que se llama “ideología de la información”.
- Calidad de la historia.
- Balance: Tiene por objetivo equilibrar el informativo. Se aplica más que todo a la información política, con el fin de dar una imagen de “pluralidad” (en un contexto de partidos). Es un valor-noticia aplicado a la “planeación” y esto no siempre es posible.

Los *criterios relativos al medio* se relacionan con las especificaciones técnicas y de lenguaje de estos, más que con el argumento de la historia. En este campo, cabe mencionar *la frecuencia* como criterio, ya que se privilegian los acontecimientos puntuales que ocurren en un espacio de tiempo breve, lo que permite a los medios dar forma y sentido a la información.

Los *criterios relativos al público* se refieren a la imagen que tienen los periodistas del público, que usualmente no se construye en relación con estos.

En cuanto a los *criterios relativos a la competencia*, se observa la generación de expectativas recíprocas, por lo que si una información es considerada por un medio, los demás también la retoman. Se desarrolla una tendencia a obtener exclusivas y a inventar nuevos espacios, llevando al fraccionamiento de la información y enfatizando la cobertura sobre “personajes de élite”. La competencia tiende a imponer parámetros profesionales y modelos de referencia.

Los criterios de selección expuestos por la autora dan cuenta de instancias de los múltiples momentos en que la noticia está sujeta a procesos diversos de edición, que inciden sobre su forma final. La explicitación de estos procesos permite inferir sobre los contenidos originales de la noticia impresa, llevando a reconsiderar la forma en que algunos elementos han variado y otros han sido invisibilizados.

Prensa y la construcción de la opinión pública

Dice Brunner que la opinión pública es el modo más o menos inorgánico, pero permanente, en que se expresa lo que una sociedad quiere y opina. La opinión pública representa una multiplicidad de públicos, cuyos difusos estados de opinión se interrelacionan con corrientes de información para producir efectos variables (1996:12).

Establecimos anteriormente que los medios tienen un peso enorme en la construcción de “lo público” y, por ende, de la opinión pública, en las sociedades masificadas. En el “cumplimiento” de su “labor informativa”, los medios adquieren una posición de primera línea en los procesos de construcción de sentido. Su influencia en el campo de la información y de la cognición de los sucesos y problemas “públicos” es vital. Para autores como Lalinde, la prensa, al describir y precisar la realidad externa, presenta al público con los “temas de la agenda”, en torno a los que debe tener una opinión por ser sujetos de discusión (1992: 13).

“Lo público” se refiere a cortes selectivos de la realidad que ingresan en la esfera de las preocupaciones compartidas por la gente. Esto supone que hay elementos de la realidad que no tienen participación en la esfera de “lo público”, a causa de su omisión por la prensa.

Aunque la opinión pública no se rige únicamente, ni de manera homogénea, por los estímulos provenientes de los medios masivos de información, la actividad selectiva ejercida por ellos es de suma importancia. Los medios trabajan sobre la definición y reconocimiento público de las temáticas que constituyen la opinión pública. Dice Lalinde que: *“lo que éstos presentan como acontecimientos tematizados, representan formas de interpretación social de la realidad. Los medios trabajan sobre los imaginarios colectivos y sobre lo que podríamos llamar “discurso social común”* (1992:13).

Se estableció que la información de la prensa va más allá de la transmisión “neutral”. Estas transmisiones producen una “realidad mediática”, que aflora después de un largo proceso de selección de la información, que obedece más a las circunstancias de la producción, que a alguna intencionalidad “oscura”. Los insumos que provienen del espacio plusmediático que crean los medios describen una visión de las cosas y producen significado. El público tiende a adoptar esta experiencia indirecta mezclándola, hasta cierto punto inconscientemente, con sus experiencias directas. Los medios resultan un tremendo instrumento en la propagación de valores, en la medida en que el individuo adopta “la visión” de los medios y actúa en consecuencia.

La consideración del peso de los medios en los procesos de construcción de opinión pública también resulta muy importante cuando se enfatiza la dimensión psicosocial de estos. Al considerar esta faceta, se torna importante tomar en cuenta la naturaleza social de los individuos. Sus vidas tienden a estar predominantemente vueltas hacia fuera, hacia otras personas y hacia la colectividad como un todo. Para Neumann, el miedo al aislamiento, a la impopularidad y la necesidad de consenso llevan a que el individuo preste atención al entorno y sea consciente del “ojo público” (1995:86).

Esta preocupación con “el entorno” lleva a que lo que dice la prensa sea muy relevante en la expresión de las opiniones individuales. La manifestación de la opinión propia tiene mucho que ver con el acuerdo entre las convicciones propias y la evaluación que cada uno realiza de las tendencias vigentes. De aquí que lo que el

individuo lea en los medios sea tomado muy en consideración, antes de que se exprese públicamente, ya que si los medios lo dicen este se siente “acompañado”.

Dice Neumann que la lengua se suelta cuando uno se siente en armonía con el espíritu de la época. La mayoría de las personas no inventa sus opiniones espontáneamente y tampoco las expresa en conversaciones de todos los días sin encontrar limitaciones sociales. En esta relación prensa – individuos se va generando un efecto certero acerca de los contenidos de la opinión pública, por la “presión” hacia el conformismo y porque la misma conciencia del individuo ha sido creada en gran parte por los medios de comunicación (*Ídem*).

Los elementos evidenciados en esta elaboración indican la presencia de un estrecho vínculo entre los procesos de construcción identitaria y los medios de comunicación colectiva. El análisis de estos se plantea como importante en el abordaje de las representaciones colectivas ya que se presentan como partícipes en los procesos de construcción plurales de opinión, así como lugares de adquisición y legitimación de saberes en la esfera pública de las “sociedades de la información”. En este contexto el aporte de los medios de comunicación *mass*-mediáticos es cada vez más importante como base sobre la que los grupos construyen su imagen de la vida, en general, y sobre otros grupos, específicamente. En esta medida constituyen un canal para aprehender como estas sociedades “piensan”, “se representan”, “perciben” y cómo permiten el ingreso del “otro” en el espacio social.

Las identidades colectivas generadas a partir de la influencia de este espacio social “adjunto”, llegan a conformarse como “verdades” sociales al ser apropiadas grupalmente, convirtiéndose en partes constitutivas de la cultura.

5. COROLARIO

La migración constituye uno de los fenómenos sociales de mayor importancia en las sociedades actuales. La manera en que esta se ha desarrollado ha llevado a que los procesos identitarios se hayan vuelto prioritarios. Las experiencias de vivencia de la interculturalidad provocada por la migración indican una preeminencia del resurgimiento de nacionalismos exclusivistas, de políticas de la diferenciación basadas en criterios étnico-raciales, de la etnización de los procesos sociales, a la vez que dan cuenta de una tendencia hacia la percepción esencializada de la identidad. En términos identitarios, la nación recobra importancia, a pesar de que en otras dimensiones (económica, comunicacional y demás) parece estar destinada a la obsolescencia como forma organizativa.

En el contexto de las comunidades imaginadas, las representaciones sociales aparecen como el medio por excelencia para la construcción de sentido y de la identidad. Estas representaciones sociales constituyen un conocimiento de naturaleza “práctica”, dirigido a orientar la acción social. En la medida en que las representaciones sociales y la comunicación son interconstitutivas, tenemos que las características de la comunicación inciden sobre el mundo representacional. Actualmente, una parte importante de la comunicación está conformada por la comunicación mediada, de manera que los medios de comunicación se han convertido en agentes claves de producción de representaciones. Estos tienen una función de articulación que surge de su capacidad de “brindar palabras” para “pensar el mundo”. El consumo de medios de comunicación masivos se ha convertido en una práctica incluyente por encima de las exclusiones y fragmentaciones que atraviesan el contexto analizado. En esta medida tienen una inherencia especial en lo que concierne a los procesos de construcción de opinión pública y otros fenómenos que permiten la relación con la sociedad como un todo. Es por esto que se han constituido en instancias importantes de construcción de la comunidad imaginada. En los escenarios globalizados los procesos de construcción de la identidad pasan necesariamente por la comunicación mediática.

En estos contextos se entretiene una socialidad compleja y multideterminada que abarca y marca los procesos de construcción de identidades colectivas. Ahí donde la migración constituye un factor importante, atestiguamos cómo confluyen elementos que parecieran direccionados en sentidos contrarios; la transnacionalidad coexiste o

reaviva la afirmación de la nación. Es así como la identidad étnica–nacional recobra importancia y se constituye como factor evidente en las relaciones sociales. También es cierto que el Estado–Nación funciona como el marco ideológico y práctico que delimita la sociabilidad. A este elemento se suman los influjos provenientes de la comunicación mediática que devienen partícipes centrales en la construcción representacional e identitaria. Estos elementos, al igual que aquellos otros en los que se ha profundizado a lo largo de este documento, se articulan de múltiples maneras en los escenarios migratorios recientes llevando al establecimiento de nuevas formas de sociabilidad y de configuraciones sociales cada vez más complejas.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

- Anderson, Benedict (1983). *Imagined Communities*. Thedford Press Limited, London, England.
- Auge, Marc (1994). *Los “no lugares”. Espacios del anonimato*. Editorial Gedisa, España.
- Beriain, Josexto (1990). *Representaciones colectivas y proyecto de modernidad*. Editorial ANTHROPOS, Barcelona.
- (1990). *Las representaciones de la vida colectiva y proyecto de modernidad*. Editorial ANTHROPOS, Barcelona.
- Durkheim Emile (1995). *Las formas elementales de la vida religiosa*. The Free Press, EE. UU.
- García Canclini, Néstor (1995). *Consumidores y ciudadanos*. Editorial Grijalbo, México.
- Gauthier, Alain (1992). *La trajectoire de la modernité-representations et images*. Press Universitaires de France, France.
- Jodelet, Denise (1991). *Les representations sociales*. Editorial PUF, France.
- Manzanos Bilbao, César (1999). *El grito del otro: arqueología de la marginación racial*. Editorial TECNOS S.A., España.
- Moscovici, Serge (1991). “Des représentations collectives aux représentations sociales: elements pour une histoire”, en *Les representations sociales* Editorial PUF, France.
- Murillo, Carmen (1996). “Identidades colectivas en el mundo del trabajo...” ,en *Antropología e identidades en Centroamérica*, Universidad de Costa Rica, Costa Rica.
- Noelle-Neumann, Elisabeth (1995). *La espiral del silencio, opinión pública: nuestra piel social*. Ediciones Paidós, Argentina.
- Sfez, Lucien (1992). *Crítica de la comunicación*. Amorrortú Editores, Argentina.
- Vargas, William (1998). “*Me gustan las noticias de sucesos*”. CONAMAJ

(Comisión Nacional para el Mejoramiento de la Administración de Justicia), Costa Rica.

Young–Bruehl, Elisabeth (1996). *The anatomy of prejudices*. Harvard University Press, EE. UU.

REVISTAS

Abad Marquez, Luis (1993). “Nuevas formas de inmigración: un análisis de las relaciones interétnicas”, en *Política y sociedad*. N° 12, Universidad Complutense, España.

Alba Gutiérrez, Gabriel (1994). “La mediología”, en *Signo y pensamiento*. N° 24 Universidad Javeriana: Dept. De Comunicación, Colombia.

Armstrong, Sharon; Mahmood, Cynthia (1992). “Do ethnic groups exist? A cognitive perspective on the concept of cultures”, en *Ethnology* Vol. XXXI. N° 1, University of Pittsburg, EE. UU.

Banchs, María A. (1991). “Representaciones sociales: pertenencia de su estudio y posibilidades de aplicación” en *Boletín de AVESPO* Vol. XIV. N° 3, diciembre, (Boletín de la Asociación Venezolana de Psicología Social), Venezuela.

Berger, Peter y Luckmann Thomas (1996). “Modernidad, pluralismo y crisis de sentido” en *Estudios públicos*. N° 63, Chile.

Berian, Josexto (1993). “La integración en las sociedades modernas”, *INGUARAK* N° 11, España.

Brunner, José Joaquín (1996). “Comunicación y política en la sociedad democrática”, en *Contribuciones*, febrero, Argentina.

Castles, Stephen (1993) “La era inmigratoria, cultura, incertidumbre y racismo”, en *Nueva sociedad* No. 127 sep – oct, Venezuela.

Constantino, Mario; Makowski, Sara (1997). “Multiculturalidad y ciudadanía: notas para una discusión”, en *Acta sociológica*. N° 20, mayo–agosto, México.

Fernández, Eduardo (1996). “Medios de comunicación: ¿Sustitutos de la actividad política?” en *Contribuciones*, febrero, Argentina.

Ferrer, Christian (1993) “Los intrusos. Frontera y cicatriz”, en *Nueva sociedad*. N° 127 sep–oct., Venezuela.

- Flecha, Ramón (1999). "Modern and postmodern racism in Europe: dialogic approach and anti-racist pedagogies", en *Harvard educational review* Vol. 69, N° 2, EE. UU.
- Foster, Robert (1991). "Making national cultures in the global ecumene", en *Annual review of Anthropology* N° 20, EE. UU.
- Funkhouser, Ray; Shaw, Eugene (1990). "How synthetic experience shapes social reality"?, en *Journal of communication* Vol. 40 N° 2, EE. UU.
- Galindo Cáceres, Jesús (1998). "Cibercultura, ciberciudad, cibersociedad", en *Estudios sobre las culturas contemporáneas* Época II. Vol. IV, junio, Universidad de Colima, México.
- González, Catalina (1997). "Identidad, alteridad y comunicación: definiciones y relaciones", en *Signo y pensamiento*. N° 30 (XVI), Universidad Javeriana: Depto. de Comunicación, Colombia.
- Greenfeld, Leah (1993). "Trascending the nation's worth", en *Daedalus*, EE. UU.
- Grimson, Alejandro (1997). "Relatos de la diferencia y la igualdad: los bolivianos en Buenos Aires", en *Nueva sociedad*. N° 147, Venezuela.
- Guimaraes, Antonio (1996). "El mito del antiracismo en Brasil", en *Nueva sociedad*. N° 144, Venezuela.
- Keefe, Emily (1992). "Ethnic identity: the domain of perceptions of and attachment to ethnic groups and cultures", en *Human organization* Vol. 51, N° 1, EE. UU.
- Kearney, M. (1995). "The local and the global: the anthropology of globalization and transnationalism", en *Annual review of anthropology* N° 24, EE. UU.
- Lins Ribeiro, Gustavo (1996). "Globalización y transnacionalización: perspectivas antropológicas y latinoamericanas", en *MAGUARE* N°s 11-12, Colombia.
- Lalinde Posada, Ana María (1992). "La selección de la noticia: evidencia de ideologías profesionales", en *Signo y pensamiento*. N° 20 Universidad Javeriana: Depto. de Comunicación.
- Lancaster, Roger (1991). "Skin, color, race and racism in Nicaragua", en *Ethnology* Vol. XXX, N° 4, EE. UU.
- Mata, María Cristina (1995). "Interrogaciones sobre el consumo mediático", en *Nueva sociedad*. N° 140 nov.-dic., Venezuela.

- Meunier, Jean-Pierre (1997). “Las metáforas de comunicación como metáforas que cobran realidad”, en *Signo y pensamiento*, N° 30(XVI), Universidad Javeriana: Depto. de Comunicación.
- Norato, Ximena del Socorro (1996). “Niklas Luhmann. Comunicación: entre la improbabilidad y la posibilidad del orden” (Reseña), en *Signo y pensamiento*. N° 28, Universidad Javeriana: Depto. de Comunicación.
- Ortiz, Renato (1995). “Cultura, modernidad e identidades”, en *Nueva sociedad*, N° 137, Venezuela.
- (1995). “Otro territorio”, en *Revista de ciencias sociales* Universidad Nacional de Quilmes, N° 4, Argentina.
- (1997). “Modernidad-mundo e identidades”, en *Estudios sobre culturas contemporáneas*, Época II, Vol. III, Universidad de Colima, México.
- Pérez, Gabriel Jaime (1995). “Ética y comunicación en la perspectiva de las identidades culturales-hipótesis, cuestionamientos y propuestas desde América Latina”, en *Signo y pensamiento*, N° 27 (XIV), Universidad Javeriana: Depto. de Comunicación.
- Piscitelli, Alejandro (1995). “¿Hay vida después de la televisión?”, en *Nueva sociedad*, N° 140, nov.–dic., Venezuela.
- Riquelme, Horacio (1993). “Nuestra xenofobia de cada día-aproximación psicocultural a la segregación en Europa”, en *Nueva sociedad*. N° 127 sep–oct., Venezuela
- Rodrigo Alsina, Miguel (1996). “Minorías étnicas, identidades y medios de comunicación”, en *Signo y pensamiento*, N° 29 (XV), Universidad Javeriana: Depto. de Comunicación..
- Rodrigo, Miguel (1996). “La información como comunicación intercultural mediada”, en *Reflexiones* N° 45, Universidad de Costa Rica, Costa Rica.
- Rodrigo, Miguel; Gaya, Catalina; Oller, M. Teresa (1997). “De la identidad cultural a las identidades culturales”, en *Reflexiones*, Universidad de Costa Rica, Costa Rica.
- Rodríguez, Carlos Alberto (1996). “Algunos elementos para una deontología periodística”, en *Revista de filosofía de la Universidad de Costa Rica* Vol. XXXIV N°s 83 y 84, Costa Rica.
- Ruiz Cuartas, Sergio (1994). “La televisión como discurso”, en *Comunicación social*. Universidad Pontificia Bolivariana N° 17, Colombia.

- Sandoval, Carlos G. (1997). “Comunicación y etnicidad: construcción de identidades entre costarricenses y nicaragüenses en los noventa”, en *Reflexiones* N° 63, Universidad de Costa Rica, Costa Rica.
- Santamaría, Luisa (1992). “Argumentación y lógica en el periodismo de opinión”, en *Comunicación social*. Universidad Pontificia Bolivariana N° 15, Colombia.
- Schlesinger, Philip; Morris, Nancy. (1997). “Fronteras culturales: identidad y comunicación en América Latina”, en *Estudios sobre culturas contemporáneas* Época II. Vol. III, Universidad de Colima, México.
- Schwartz, Benjamín (1993). “Culture, modernity and nationalism—further reflections”, en *Daedalus*, EE. UU.
- Spitulnik, Debra (1993). “Anthropology and mass media”, en *Annual review of Anthropology*, N° 22, EE. UU.
- Stolcke, Verena (1993). “Talking culture: new boundaries, new rhetorics of exclusion in Europe”, en *Current Anthropology* Vol. 30 N° 1, EE. UU.
- Trejo, Raúl (1994). “¿Videopolítica vs. mediocracia? los medios y la cultura democrática”, en *Revista mexicana de sociología* N° 3, julio–septiembre, México.
- Vasilachis de Gialdino, Irene (1999). “La construcción de identidades en la prensa escrita. Las representaciones sociales sobre los trabajadores y los pobres o las otras formas de ser de la violencia”, en *Sociedad* N° 15, Argentina.
- Vásquez Rodríguez, Fernando. (1994). “El ritual de los 30 minutos: Notas de análisis sobre los telenoticieros” en *Signo y pensamiento* N° 25 (XIII) Universidad Javeriana: Depto. de Comunicación.
- Verdery, Catherine (1993). “Whither “nation” and “nationalism””, en *Daedalus*, EE. UU.
- Wolf, Eric (1994). “Perilous ideas: race, culture, people”, en *Current Anthropology* Vol. 35, N° 1, EE. UU.

OTROS

- Camacho, José Antonio
 (1995) *La investigación cualitativa y sus aplicaciones*. Universidad de Costa Rica (mimeo).
- (1995) *El método etnográfico*. Universidad de Costa Rica (mimeo).

- (1996) *Entre lo local y lo global: perspectivas antropológicas en educación*.
Universidad de Costa Rica (mimeo).
- Lewis, Bernard (1995). "The historical roots of racism", en *The American scholar*.
- Lins Ribeiro, Gustavo (1994). *The condition of transnationality*, (mimeo). Brasil.
- Vargas, William (1998). *Apuntes sobre violaciones a los Derechos Humanos en medios de comunicación en Costa Rica*. Resumen hecho por el autor de la investigación "Violaciones a los Derechos Humanos en las informaciones de sucesos y judiciales en los medios de comunicación costarricenses".
- (2000). *Género, migraciones, infancia y adolescencia en Costa Rica*. Borrador para Discusión.
- (2000). "Tratamiento de los medios de comunicación al tema de la población migrante". Ponencia para la Mesa Redonda *La Población Migrante en Costa Rica y su Tratamiento en los Medios de Comunicación*, Foro Permanente de Población Migrante.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

113. Tripp, José Octavio, Compilador. *México y Centroamérica en los umbrales del siglo XXI: ¿de la identidad histórico-cultural a la articulación mesoamericana?* Enero, 2000.
- 114-I. PROFAC, FLACSO-COSTA RICA. IIS-UCR. *Participación para el desarrollo local*. Febrero, 2000.
- 115-II. PROFAC, FLACSO-COSTA RICA. IIS-UCR. *Participación para el desarrollo local*. Febrero, 2000.
116. Alvarenga, Venutolo, Patricia. *Trabajadores inmigrantes en la caficultura*. Agosto, 2000.
117. Martínez, Franzoni, Juliana. *Luces y sombras: formación y transformación de las políticas sociales en América Latina*. Setiembre, 2000.
118. Marín, Maritza; Monge, Allan; Olivares, Edith. *Tejedores de supervivencia: Redes de Solidaridad de Familias Nicaragüenses en Costa Rica: el caso de "La Carpio"*. Enero, 2001.
119. Tardanico, Richard. *De la crisis a la reestructuración: las transformaciones de América Latina y el empleo urbano en la perspectiva mundial*. Marzo, 2001.
120. Molina, Iván. *Democracia y elecciones en Costa Rica, dos contribuciones polémicas*. Noviembre, 2001
121. Bulmer-Thomas, Victor. A. Douglas Kincaid. *Centroamérica 2020: Hacia un nuevo modelo de desarrollo regional*. Noviembre, 2001
122. Solera Mata, Eric. J. Amando Robles Robles. *Religión, sociedad, crisis*. Diciembre, 2001.
123. Hiernaux-Nicolas, Daniel, Cordero, Allen, van Duynen Montijn, Luisa. *Imaginario Sociales y turismo sostenible*. Febrero, 2002.
124. L. Chou, Diego. *Los chinos en Hispanoamérica*. Abril, 2002.
125. Meoño Segura, Johnny. *Administración política del desarrollo en América Latina Un marco teórico-conceptual para comprender mejor nuestra real cultura política y la viabilidad integral de los procesos de cambio social*. Junio 2002.
126. Rojas Conejo, Daniel. *El conflicto entre tradición y modernidad: constitución de la identidad cultural indígena Bribri*. Agosto 2002.
127. Araya Umaña, Sandra. *Las representaciones sociales: Ejes teóricos para su discusión*. Octubre 2002.
128. Cunill Grau, Nuria. *Responsabilización por el Control Social*. Enero 2003.
129. Cocco, Madeline. *La identidad en tiempos de globalización Comunidades imaginadas, representaciones colectivas y comunicación*. Marzo 2003.

MAYOR INFORMACIÓN SOBRE NUESTRAS PUBLICACIONES

<http://www.flacso.or.cr>

Distribución de Publicaciones: libros@flacso.or.cr

Impreso por
Litografía e Imprenta LIL, S.A.
Apartado 75-1100
San José, Costa Rica